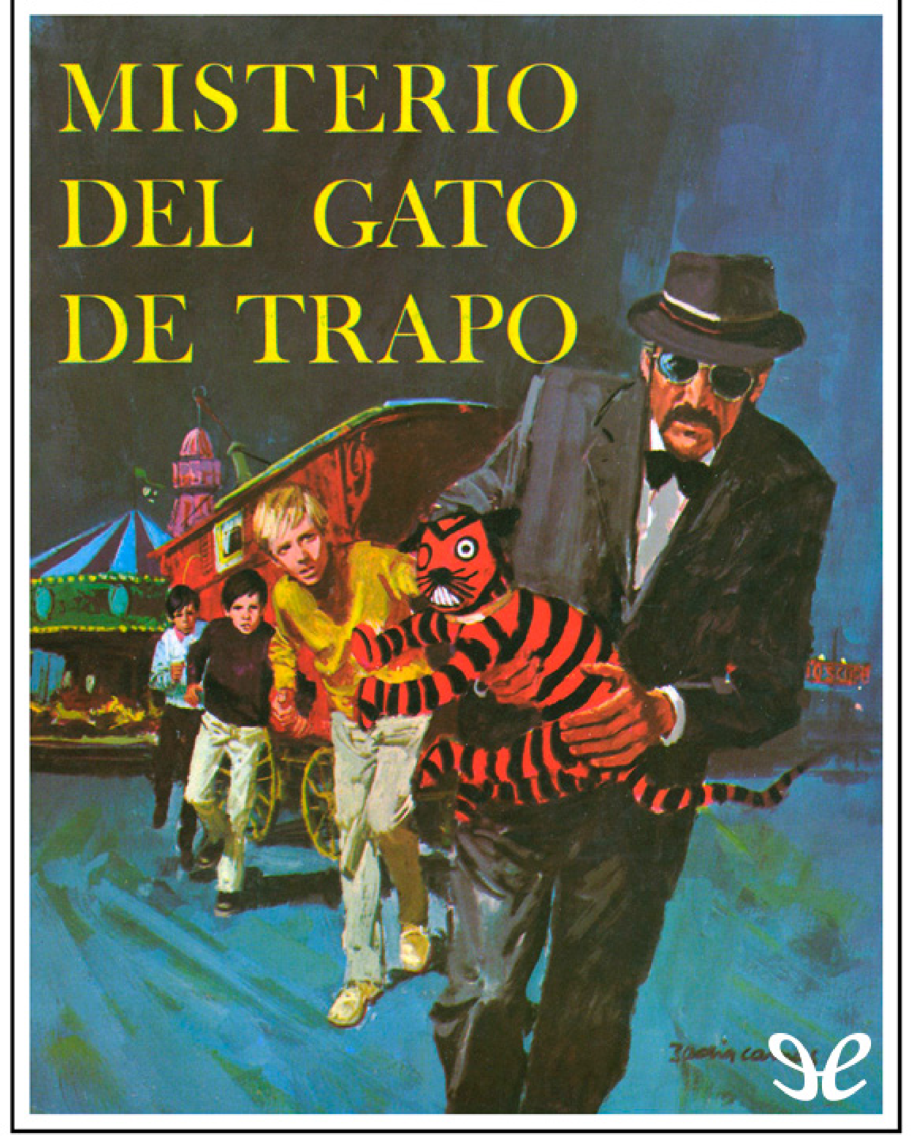
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio del gato de trapo

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 13

ePub r1.4

Titivillus 30.06.16

Título original: *The secret of the crooked cat*
William Arden, 1969
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

La feria

Una tarde, a principios de septiembre, Júpiter y Pete trabajaban en el taller que el primero tenía montado en el «Patio Salvaje» de los Jones. En realidad, era Júpiter quien trabajaba. Quizá por eso fue Pete el primero en ver a tío Titus acercándose a ellos cargado con dos enormes cubas de madera.

—¡Muchachos! —gritó Titus, luego de posar su carga en el suelo —, aquí traigo tarea para vosotros. Quiero que las pintéis a rayas rojas, blancas y azules.

Pete contempló las cubas.

—¿Rayas de colores en cubas de lavar la colada?

—¿Y ha de ser ahora mismo, tío Titus? —quiso saber Júpiter.

El recio muchacho miró alicaído la colección de diminutas piezas esparcidas sobre su banco de trabajo.

—Jupe está construyendo un nuevo ingenio para los Tres Investigadores —explicó Pete.

—Un nuevo ingenio, ¿eh? —repitió Titus, olvidándose momentáneamente de las cubas—. ¿De qué se trata, Pete?

—¡Yo qué sé! Recanastos, ¿es que no conoce a Jupe? —exclamé Pete—. Ningún maestro se digna informar a su aprendiz.

Júpiter, primer investigador de la juvenil empresa de detectives, gustaba de mantener secretos sus inventos hasta hallarse convencido de que funcionaban. También le disgustaba interrumpir un proyecto antes de finalizado.

—¿No podríamos pintar las cubas más tarde, tío Titus? —preguntó desilusionado.

—No, deben quedar listas para esta noche. Bueno, si estáis tan

ocupados, haré que las pinten Hans o Konrad. —Tío Jones se refería a los gigantescos hermanos bávaros, sus ayudantes en el negocio de objetos usados—. Pero entonces también ellos entregarán las cubas. Es lo justo. Júpiter se alertó.

—¿Hay algo especial en quién adquirió las cubas, tío Titus?

—Lo sé —intervino mordaz Pete—. Se trata de una lavandería patriótica.

—O quizá las utilizan para bañar enanitos —bromeó Júpiter.

Tío Jones se sonrió.

—¿Qué pensaríais si os diera que son asientos para un león?

—¡Pues claro! —exclamó Pete, riéndose—. Los leones necesitan mecedoras rojas, blancas y azules.

Júpiter abandonó su aire festivo. Una repentina luz alumbró sus ojos, al tiempo que gritaba:

—¡Ya lo sé! Colocadas boca abajo, son asientos perfectos para leones de circo.

—¡Cáscaras! ¡Un circo! —se maravilló Pete—. Puede ser que accedan a enseñárnoslo si somos nosotros quienes entregamos las cubas.

Titus Jones se rió entre dientes.

—Bien, muchachos, no es un verdadero circo, pero si lo parece. Se trata de una feria donde hay exhibiciones, carreras y juegos. La inauguraron anoche en Rocky Beach. El domador perdió en un incendio los pedestales de su león amaestrado, y como no halló con qué sustituirlos en la ciudad, vino aquí, y yo le sugerí la idea de las cubas.

Tío Titus mostraba un semblante feliz. Le gustaba alardear de que en el «Patio Salvaje» de los Jones había de todo en sus montones de chatarra, y nada le complacía tanto como poseer un objeto, al parecer inútil, que luego resultase de interés para alguien.

—Una feria —repitió pensativo Júpiter—. Algo único y fascinante, cuyos orígenes se pierden en el tiempo.

—Sé un sitio donde divertirse, Jupe —añadió Pete, que no siempre comprendía la intención encerrada en las palabras de su jefe—. ¡La feria Carson! Ahora recuerdo. La instalaban cerca del abandonado parque de atracciones.

—Quizá podamos verla entre bastidores —dijo Júpiter.

—¿A qué aguardamos, Jupe? —gritó Pete—. Voy en busca de la

pintura. Tú trae las pistolas.

Media hora después las cubas estaban pintadas. Mientras se secaban, los muchachos fueron al Puesto de Mando secreto a comprobar cuánto dinero tenían para gastar en la feria. El Puesto de Mando era un viejo remolque totalmente oculto entre montones de chatarra, en un ángulo alejado del patio. Los Tres Investigadores alcanzaban su interior mediante pasos secretos entre los trastos viejos. Los adultos habían olvidado por completo que el remolque estuviese allí.

Ya dispuestas las cubas, Pete se dirigió en bicicleta a la biblioteca pública de Rocky Beach para comunicar a Bob Andrews la novedad. Bob, encargado del registro y archivo de los Tres Investigadores, trabajaba en la biblioteca durante el verano. La noticia le supo a miel, como había sucedido a sus amigos.

Los tres muchachos cenaron rápidamente y a tas siete y media ya estaban en camino con las cubas pintadas, peligrosamente bailarinas en dos de sus bicicletas.

No tardaron en divisar las torres combadas y las ruinosas montañas rusas del parque de atracciones abandonado. Cerca se hallaba el recinto feriado, en unos terrenos junto al océano. Las tiendas, cabinas de madera y otras instalaciones, se alineaban a lo largo de dos amplias calles. Las luces resplandecían ya, y sonaba la música del tiovivo para animar a la multitud. La noria, vacía, giraba, y dos payasos hacían cabriolas. Era el ensayo general antes de la apertura al público.

Los muchachos localizaron una caseta de lona que lucía un alegre cartel rojo. Decía: «El Gran Iván y su "Rajah", el león más formidable del mundo». Al entrar, un hombre alto, con brillante uniforme azul y no menos relucientes botas negras, les cerró el paso moviendo sus fieros mostachos.

—¡Al fin las cubas! ¡Perfecto! Dádmelas.

Júpiter recitó la frase predilecta de Titus Jones:

—El «Patio Salvaje» de los Jones tiene cuanto usted necesite.

El Gran Iván se rió.

—Eso suena a grito publicitario de uno de nuestros ladradores, jovencito.

—¿Qué es un «ladrador», señor? —quiso saber Pete.

—Muchacho, intenta averiguarlo.

—Apuesto que Jupe sí lo sabe —intervino Bob.

Los dos colaboradores de Júpiter no ignoraban que éste solía saber un poco de cada cosa.

—Un ladrador —aclaró Júpiter— es un hombre que a la puerta de un circo o feria, pregona las excelencias del espectáculo. Quizá sea el más antiguo sistema de anuncio.

—Espléndido, jovencito —alabó el Gran Iván—. A veces son meros charlatanes embusteros, aunque por regla general lo que dicen es cierto. Mi ladrador explica a la gente que «Rajah» es un león feroz y algunas de las cosas que es capaz de hacer. ¿Habéis visto alguna vez a un león en un trapecio?

—¡Canastos! —exclamó Pete—. ¿De verdad puede subirse a un trapecio?

—Puede —alardeó el Gran Iván—. La primera representación será dentro de una hora. Bien, os invito a presenciarla. Tal vez, incluso, lleguéis a tocar a «Rajah».

—No faltaremos, señor —prometió entusiasmado Bob. En el exterior la feria había ya comenzado, anunciaban las atracciones a los escasos recién llegados. Los chicos montaron en el látigo y en la noria, y repitieron dos veces en el tio vivo. Contemplaron las monerías de un payaso bajo y gordo durante un rato, y luego visitaron las barracas de tiro, donde podían conseguirse premios con el lanzamiento de dardos, pelotas, anillas y disparos de rifle.

—Esos juegos tienen su trampa —aseveró Bob, después de observar un rato—. Parecen demasiado fáciles.

—No —explicó Júpiter—. Sencillamente, son más difíciles de lo que parecen. Es cuestión de matemáticas y física, Tercero. Las probabilidades…

El resto de la explicación de Júpiter fue ahogada por un repentino griterío delante de ellos.

—¡Tramposo! ¡Dame el premio!

Delante de ellos, un hombre alto, de edad madura, tocado de chambergo y bigote espeso y largo, con gafas oscuras pese a que ya había anochecido, gritaba a un joven rubio encargado de la barraca de tiro. Repentinamente cogió un animal de paño de las manos del chico y corrió hacia los Tres Investigado res. El joven chilló:

—¡Deténganlo ladrón! ¡Guardias!

Capítulo 2

¡Alto al ladrón!

—¡Cuidado! —gritó Pete.

Su advertencia llegó tarde. El hombre que huía miraba hacia atrás para comprobar si era perseguido, cuando tropezó violentamente con Júpiter. Ambos cayeron a tierra en confuso montón.


SHOOT FOR PRIZE

—¡Uh! —gruñó Júpiter.

Dos vigilantes corrieron hacia ellos mientras los escasos espectadores se apartaban.

—¡No se mueva! —conminó uno de los guardas al enbigotado ladrón de gafas negras.

El hombre se puso en pie de un salto, se colocó el animal debajo de un brazo y agarró a Júpiter. Un largo cuchillo relució en su mano libre.

—¡No se aproxime a mí! —amenazó con voz rasposa, empujando a Júpiter hacia la salida.

Bob y Pete miraban horrorizados. Los dos vigilantes trataron de cerrar el paso al ladrón, que se distrajo un momento, y Júpiter aprovechó la ocasión para intentar zafarse. El hombre gritó unas palabras y con presteza se volvió al muchacho. Empero, con el juguete mal sujeto debajo del braza, perdió el equilibrio, y la mano que sostenía el cuchillo golpeó el hombro de Júpiter. El arma saltó por los aires.

El ladrón empujó violentamente a su presa, que salió proyectado hacia sus perseguidores y huyó por la salida con el premio robado. Júpiter, recuperada la estabilidad, gritó:

—¡Tras él!

Los Tres Investigadores persiguieron al fugitivo, seguidos de los guardas. El hombre iba hacia el océano y desapareció por un ángulo de la alta valla de madera que rodeaba el parque de atracciones abandonado. Los guardas alcanzaron a los tres muchachos.

—Gracias, muchachos —dijo uno de ellos—. Ya nos encargamos de él.

—Por ahí no tiene salida —jadeó Pete—. La valla va directamente al agua. ¡Está acorralado!

—Quedaos aquí —ordenó uno de los vigilantes.

Éstos, pistolas en mano, caminaron sigilosos hacia la esquina de la valla. Los chicos aguardaron. Tras largo silencio, Júpiter se impacientó.

—Algo va mal —dijo—. ¡Seguídme!

Al otro lado de la valla encontraron a los vigilantes, solos. ¡El hombre del bigote había desaparecido!

—¡No está ahí! —comentó uno de los guardas.

Sorprendidos, los Tres Investigadores observaron la reducida

área, con la valla a la derecha, las profundas aguas del océano a la izquierda; y ninguna otra salida que el camino por ellos recorrido.

—Os equivocasteis, chicos —aseguró un guarda.

—Quizá se fue nadando —aventuró Bob.

—No tuvo tiempo, hijo. Lo hubiéramos visto en el agua —afirmó el otro—. Logró despistarnos.

—No, vi cómo corría en línea recta hacia aquí —afirmó Júpiter. Pete, que inspeccionaba detenidamente cuanto le rodeaba, de pronto exclamó:

—¡Miren!

Se agachó, y del suelo alzó un objeto. Era el animal que el hombre había robado. Pete lo exhibió triunfalmente.

—Esto confirma que estuvo aquí —dijo.

—Lo soltaría para huir —opinó Bob, algo perplejo, mientras sus ojos iban de un lado a otro—. Pero ¿cómo salió?

—Por algún lugar de la valla —respondió un guarda.

—Tal vez hay un agujero o una puerta —aventuró su compañero.

—O un túnel por debajo de la cerca —dijo Pete.

Examinaron la empalizada en toda su longitud y nada hallaron.

—No —repuso Júpiter—. La valla parece estar en buenas condiciones, y no se observa ningún camino por debajo de ella.

—Entonces tendría alas ese individuo —exclamó uno de los guardas.

—Es el único camino para salir de aquí sin cruzarse con nosotros cuando entramos.

—Esta cerca mide cuatro metros, o más, de alto —dijo el otro vigilante—, y no hay dónde asirse. Resulta imposible escalaría.

Júpiter se mostraba pensativo mientras examinaban la cerca.

—Si no nadó, cayó ni voló, entonces sólo resta una posibilidad… saltó la valla.

—Es una locura —afirmó un guarda.

—¡Hombre, Primero! —exclamó Pete—. ¿Cómo se te ocurre pensar que alguien sea capaz de saltar la valla sin ayuda? No hay nada en que apoyarse.

—Tal vez pudo escalarla, Jupe —intervino Bob.

—No, no es eso en lo que pienso —aclaró Júpiter—. Pero si no hay otra explicación lógica, eso habrá hecho. Descartadas una a una

todas las posibilidades, sin duda, lo que queda es lo acertado, aun cuando parezca imposible.

—Bien, ya no importa cómo lo hizo. Lo cierto es que ha desaparecido —dijo un guarda—. Es mejor que regresemos a nuestros puestos y devolvamos el premio a la barraca de tiro.

El guarda alargó la mano hacia el animal que Pete sostenía. Júpiter, que continuaba su inspección de la parte superior de la valla, se encaró al hombre.

—Nos gustaría devolver el premio, si no le importa. Precisamente íbamos a intentar suerte en el barracón de tiro.

—De acuerdo —se avino el guarda—. Devolvedlo vosotros. Nos ahorrará tiempo. Hemos de dar parte a la policía.

Los vigilantes se marcharon y los chicos regresaron a la feria. Pete dijo:

—Ignoraba que íbamos a disparar al blanco, Primero.

—No, no era ésa nuestra intención —reconoció Júpiter—. Pero quiero saber por qué ese hombre atacó al chico y robó este premio.

Señaló el animal y fue entonces cuando lo vieron por vez primera. Los ojos de Pete se abrieron entusiasmados al examinarlo.

—¡Carambolas! ¡Es fantástico!

Era un gato hecho de paño listado a rayas rojas y negras, de unos ochenta centímetros de largo, patas combadas y cuerpo giboso. Su boca abierta mostraba dientes blancos y afilados, y tenía una oreja caída. Era tuerto, y su única pupila brillaba roja. Lucía un collar de pedrería. Resultaba ser el gato de aspecto más salvaje que jamás hubieran visto.

—No hay duda de que es sorprendente —convino Júpiter—. Empero, me pregunto por qué el ladrón se fijó en él.

—Quizá colecciona animales —sugirió Bob—. Mi padre dice que los coleccionistas hacen cualquier cosa para conseguir lo que desean.

—¿Un coleccionista de gatos de paño? —se mofó Pete—. Eso es una locura, Tercero.

—Bien —atajó Júpiter—, puede parecer una necedad, pero los coleccionistas a veces resultan raros. Hay ricos que roban pinturas, aun cuando luego tengan que ocultarlas. A eso se llama obsesión, y los coleccionistas obsesivos cometen actos desesperados. Pero no creo que nuestro ladrón sea un coleccionista. Más bien lo supongo

una de esas personas que no soportan perder. O quizá se puso tan violento porque le pareció que había ganado y era engañado.

—Incluso nosotros podríamos encolerizarnos de ser engañados —convino Pete—: pero nunca llegaríamos a la violencia.

En el barracón de tiro el chico rubio los saludó amistoso.

—¡Oh, me traéis el gato! ¿Cazasteis al viejo?

—Huyó —contestó Pete—, si bien arrojó el gato.

Y le dio el animal.

—Espero que la policía lo atrape —deseó el chico, visiblemente enojado—. Sólo derribó tres de los cinco patos. Verdaderamente, es un mal perdedor. Bien, amigos, al menos corristeis —se sonrió—. Me llamo Andy Carson. Yo me cuido de esta caseta. ¿Y vosotros?

Bob parpadeó.

—Nosotros, ¿qué Andy?

Intervino Júpiter.

—Pregunta si somos de la feria. No, Andy. Vinimos de Rocky Beach. Yo soy Júpiter Jones, y éste, Bob Andrews, y este otro, Pete Crenshaw.

—Celebro conoceros, camaradas —dijo Andy, y añadió enfático —: Yo si pertenezco. Soy todo un operador, no un corzo o rompe costillas.

—¿Qué dices? —preguntó Pete.

—Un «corzo» —aclaró Júpiter—, es un aprendiz de feria, y un «rompecostillas» un mozo. Andy quiere decir que está equiparado a una ejecutante adulto de la feria. Eso no es corriente, ¿verdad, Andy?

—Bueno —el chico pareció algo avergonzado—, mi padre es el dueño del espectáculo. Pero dice que puedo trabajar en cualquier feria. ¿Os gustaría probar suerte?

—Me ilusionaría ganar ese gato giboso —exclamó Pete.

—Podría ser nuestra mascota —dijo Bob.

—O el símbolo de nuestro trabajo —añadió Júpiter—. Vamos, Pete, inténtalo.

Andy Carson se sonrió.

—Tienes que derribar cinco blancos de cinco tiros para ganar el gato giboso. Es un primer premio. No es fácil, pero puede lograse. Ya he entregado cuatro gatos.

—Yo ganaré el quinto —declaró Pete, y alcanzó una de las

carabinas encadenadas al mostrador.

Raudo, Andy saltó ante Pete, con la mano extendida.

—¡Espera! —gritó.

Capítulo 3

Momento peligroso

—¿Qué pasa, Andy? —inquirió Pete. El chico, sonriente, se puso un sombrero de paja.

—Calma, joven. Tu prisa en probar tu destreza es admirable, pero antes debes poner una moneda en la palma de mi mano, una moneda de curso legal equivalente a veinticinco centavos, la cuarta parte de un dólar. Algo irrisorio que no compensa tu exhibición de maña. Cinco monedas por cinco tirazos. ¡Ánimo, muchacho, todo el mundo gana! Haz gala de tu mano firme y de tu vista de lince. ¡Sitio al hombre, por favor! Cinco blancos ganan el gran premio, el único y sorprendente gato giboso.

Los chicos se rieron.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¿Siempre te explicas así, Andy?

Éste mostróse regocijado.

—Según mi padre, llevo la feria en las venas. Dice que soy un charlatán nato.

—¡Qué duda cabe! —confirmó Bob—. Podrías enseñarnos.

—¡Ah, muchachos! —exclamó Andy, con aire de solemnidad—. Para esto se necesita estudiar largos años con el Gran Lama del Nepal. Luego, y en momento apropiado, mediante económica tarifa, podría daros algunas lecciones prácticas. Semejante privilegio no está al alcance de cualquiera.

Sonrientes, los tres amigos escuchaban la fantástica y floreada palabrería de Andy, que tampoco ocultaba su complacencia de ser escuchado.

—Ahora —concluyó con ademán autoritario—, háganse a un

lado, y dejen al joven aspirante holgado espacio para que demuestre su destreza. ¡Dispara a placer, Pete!

El Segundo Investigador cogió una de las carabinas. Después de estudiar los blancos, apuntó decidido y sereno y acertó a derribar tres seguidos.

Andy aplaudió.

—Bien, joven. Cuidado ahora.

Pete disparó, tocando el cuarto pato.

—¡Sólo uno más! —gritó Andy—. ¡Calma, joven tirador!

Andy guiñó un ojo a Bob y Júpiter. Estos comprendieron que las advertencias y ánimos de Andy eran sólo tretas para poner nervioso a Pete, aumentando sus posibilidades de errar. Pero el Segundo Investigador nunca se arredraba una vez en acción. Apuntó de nuevo, disparó, y derribó el quinto pato.

—¡Gané! —gritó.

—¡Bravo, Pete! —alabó Andy, entregándole el gato giboso—. Eres un buen tirador. Este es mi último gato. Ahora tendré que ofrecer como primer premio globos lunares.

Los ojos de Júpiter brillaron.

—¿Un globo lunar? Son novedad, Andy. ¿Te importaría perder otro premio?

—Prueba tu suerte, muchacho —invitó Andy, adoptando de nuevo su voz de charlatán—. Mano firme y vista de lince. Cinco tiros.

Mientras Pete y Bob se reían, Júpiter cogió una carabina y pagó a Andy. Apuntó bien y tocó dos patos. Pero falló tres.

—Déjame probar a mi, Jupe —rogó Bob.

No tuvo mejor fortuna que Júpiter. Un nuevo intento de Pete acabó en fracaso.

—Mala suerte —dijo Andy—. La próxima vez será distinto. ¡Premio seguro! ¿Otra moneda?

Pete negó con la cabeza.

—Prefiero renunciar ahora que me siento feliz. Ya gané un gato.

Todos se rieron al oírle hablar así. Otros clientes empezaron a llegar al barracón. La feria se animaba. Andy se enfrascó totalmente en su trabajo. Los chicos miraban. Al fin Andy advirtió que estaba ofreciendo globos lunares, sin tener ninguno a la vista.

—Júpiter, ¿te importaría ocupar mi puesto mientras voy en

busca de globos? Pete y Bob pueden ayudarme un poco a traerlos.

—No faltaría más, Andy —aceptó Bob—. Anda, Jupe, entra.

Este no necesitaba que lo animasen. Se colocó detrás del mostrador e intentó suplir la verborrea de Andy. La clientela parecía gozar con el rechoncho parlanchín, que resplandecía de placer.

Andy, Bob y Pete se dirigieron a un pequeño remolque situado detrás de la caseta.

—Lo dejo de modo que pueda vigilarlo desde el barracón —explicó Andy—. Siempre hay quien intenta robar en las ferias.

Abrió el remolque y sacó seis pequeños globos, modelos perfectos de la luna. Luego cerró de nuevo con llave, y se volvió a entregar dos ejemplares al Tercer Investigador.

—Bob… —empezó Andy, y se interrumpió.

Sus ojos se engrandecieron al mirar hacia el próximo barracón. Su voz bajó de tono.

—¡Oíd! ¡No os mováis! ¡Quietos!

Bob frunció el ceño.

—Basta de tretas, Andy. Nosotros…

—No —susurró Andy, temeroso—. Giraos lentamente, muchachos. Pero no corráis ni hagáis movimientos repentinos. ¡Es «Rajah»!

Los chicos miraron fijamente. Pete tragó saliva. En las sombras, detrás de una barraca, a menos de seis metros de ellos, un gran león de negro pelambre yacía sobre el suelo.

Capítulo 4

Pete demuestra su valor

—Retroceded lentamente hasta el barracón —ordenó Andy—. «Rajah» no es un león peligroso, está muy bien amaestrado, pero si se inquieta sembrará el pánico. En la caseta estaremos a salvo y hay teléfono. Pediré ayuda.

Nadie más había descubierto al león escapado. Sus ojos amarillos relucían en la oscuridad. Abrió la boca en un bostezo descomunal y sus enormes dientes amenazaron morder la noche. Luego movió su negra cola.

—Si regresamos a la barraca —dijo Pete, temblorosa la voz— quizá el león se dirija hacia el público.

—Lo sé. Y también que las luces y el gentío pueden asustarlo —convino Andy—. Sin embargo, es necesario avisar a Iván.

Pete no apartaba los ojos del león.

—Regresad vosotros a la caseta y llamad a Iván —dijo—. Mi padre y yo hemos trabajado con animales en el cine. Será mucho más peligroso si intentamos irnos todos.

—¡Pete! —exclamó Bob temeroso.

El león gruñó suavemente al oír la voz de Bob.

—¡Vamos, daos prisa, amigos! —susurró Pete.

El atlético muchacho no se movió cuando Bob y Andy retrocedían hacia la caseta. El león se puso en pie y avanzó un paso, fijas sus destellantes pupilas en Bob y Andy. Indudablemente se hallaba nervioso al encontrarse fuera de su jaula. Pete habló tranquilo y con firmeza, y el león miró hacia él.

—Detente, «Rajah» —dijo Pete—. Tiéndete, «Rajah».

Su voz era suave pero fuerte, tranquilizadora. El león se detuvo.

Miró a Pete con preocupados y entreabiertos ojos amarillos.

—Quieto, «Rajah». Bien, «Rajah».

Moviendo lentamente la cola, el león parecía sorprendido de que Pete supiese su nombre. El muchacho, sin alterar un solo músculo de su rostro, mantuvo sus pupilas fijas en el enorme ejemplar.

—¡Tiéndete, «Rajah»! ¡Abajo, «Rajah»!

La voz del Segundo Investigador sonó firme en la última orden:

—¡Abajo, «Rajah»!

El león agitó su cola, miró en derredor, y se tendió pesadamente sobre la hierba. Observaba a Pete cual enorme gato ronroneante.

—Bien, «Rajah».

Pete oyó pasos precipitados detrás de él. A grandes zancadas el Gran Iván se dirigía hacia «Rajah». El domador llevaba únicamente un palo y una larga cadena. Cuando llegó junto al león empezó a hablar suavemente, pero con firmeza, tal cual Pete hiciera antes. No tardó en trabar la cadena al collar oculto tras la negra melena de «Rajah» conduciendo al sumiso animal a su jaula detrás de los barracones.

Pete tragó saliva.

—¡Recáspita! —exclamó.

Bob, Júpiter y Andy corrieron a su encuentro.

—¡Estuviste colosal, Segundo! —alabó Júpiter—. Nadie sabía que «Rajah» se hubiese escapado. Tú evitaste que cundiera el pánico.

—Yo me sentí tan asustado que no podía ni respirar —confesá Bob.

Pete se sonrojó ante tales alabanzas. El Gran Iván se unió a ellos. La placidez de su rostro era la más elocuente prueba de su emoción. Su mano, cual garra de acero, se cerró sobre el hombro del muchacho.

—Te felicito, valeroso joven. Tienes corazón y habilidad. «Rajah» está adiestrado, es manso y no haría daño a nadie; pero si la gente llega a verlo suelto, hubiera cundido el pánico.

Pete se sonrió confuso.

—Sabía que está domado, señor. Andy nos dijo que no era peligroso. Mi padre me enseñó cómo tratar animales salvajes adiestrados. El Gran Iván asintió.

—Tu padre te enseñó bien. «Rajah» necesitaba oír una voz firme

y dominante. Estoy en deuda contigo. Ignoro cómo pudo evadirse. La jaula estaba abierta. —El domador se sonrió—. Bien, muchachos, ¿os gustaría presenciar una exhibición de «Rajah» y mía junto a la jaula?

—¿Podemos, señor? —inquirió Pete.

—Por supuesto. Venid al entoldado dentro de un rato. Espero que «Rajah» se halle en condiciones de actuar.

El Gran Iván regresó a sus dominios. Los chicos acompañaron a Andy Carson de regreso a su barracón. La gente, agolpándose frente al tiro al blanco, abrumó de trabajo a Andy Carson.

Los Tres Investigadores se dirigieron al entoldado del león, deteniéndose en el trayecto para contemplar las payasadas de dos cómicos mezclados entre la multitud. El payaso bajo y gordo que vieran antes iba acompañado ahora de otro más alto, de triste semblante. Este se había pintado de blanco el rostro y llevaba puesta una delgada nariz roja. Vestía de vagabundo, con enormes pantalones bombachos sujetos en los tobillos. La nariz del payaso bajo y gordo se encendía y se apagaba como una lámpara. El bajo y gordo, luego de una serie de piruetas acrobáticas, se mostraba orgulloso como un pavo real. El otro lo observaba, y cada vez que intentaba imitar las piruetas, fallaba. Eso acentuaba la tristeza perenne de su rostro, y la gente se desternillaba de risa. Por último, al bajo y gordo le falló una mano, y se cayó espatarrado de bruces. El payaso triste se sonrió al fin. Los tres amigos aplaudieron.

—Una actuación notable —apuntó Júpiter—, cuyo final era conseguir que sonriera el payaso triste. Eso gusta a la gente. Cuando yo actuaba en el cine trabajé con payasos. Estos son buenísimos.

Muchos se sorprendían de los conocimientos de Júpiter sobre cine y televisión. Olvidaban que había sido actor infantil con el seudónimo de Bebé Gordito. Este nombre desagradaba mucho a Júpiter.

Finalizada la actuación de los cómicos, los Tres Investigadores corrieron al entoldado del león. La jaula de exhibición se hallaba en el centro de la gran tienda de lona, unida por un túnel de barras a la jaula en que vivía la fiera, detrás de la instalación. Las dos cubetas rayadas que Pete y Júpiter pintaran se veían en el interior de la jaula de trabajo, de cuyo techo colgaba un trapecio. En el preciso momento en que los muchachos entraron, el Gran Iván

apareció en la jaula. Les saludó con una reverencia, e hizo la señal convenida. «Rajah» atravesó el túnel rugiendo como la bestia más salvaje del mundo. Corrió alrededor de la jaula, si bien de vez en cuando se detenía para hacer un amago de zarpazo al Gran Iván. Los muchachos se sonrieron. Sabían que los feroces modales de «Rajah» eran pura ficción, cual corresponde a un actor profesional. Pero eso no les privó de gozar sorprendidos de las evoluciones de «Rajah» cuando el Gran Iván le ordenó que saltara, se revolcase, diera unos pasos de danza, brincos y, finalmente, que se encaramara al balanceante trapecio. El público aplaudió a rabiar.

—¡Tomate! —exclamó Pete—. Yo sólo conseguí que se tendiera.

—¿Verdad que es una actuación colosal, Jupe? —gritó Bob—. ¡Jupe!

El Primer Investigador había desaparecido. Al fin lo descubrieron detrás de la jaula. El Gran Iván y «Rajah» repetían algunos números. Júpiter hizo señas a sus amigos para que se reunieran con él.

—¿Qué ocurre, Primero? —quiso saber Bob.

Júpiter no contestó, pero señaló el remolque donde se alojaba el león, y el túnel enrejado que conducía hasta él. De la puerta de la jaula-remolque colgaba un gran candado.

—Este candado ha sido forzado, amigos —dijo el Primer Investigador—. ¡Alguien dejó suelto a «Rajah»!

Capítulo 5

Una sombra amenazadora

—El Gran Iván es un domador diestro —continuó Júpiter—, y cuida a «Rajah» como si fuera un cachorro. No comprendo cómo alguien pudo dejar abierta la jaula sin que Iván lo advirtiera. Por eso vine a examinarla. Mirad este candado. Júpiter lo sostuvo.

—¿Veis estos dos rasguños alrededor del ojo de la cerradura? El acero reluce en las hendiduras. Esto demuestra que han forzado el candado, y no hace mucho.

—¿Estás seguro, Jupe?

Júpiter asintió.

—¿Recuerdas el libro que tenemos en el Puesto de Mando sobre evidencia y métodos criminales? Pues bien, aquellas marcas son idénticas a éstas.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. ¿Quién tendría interés en dejar suelto un león?

Mientras los Tres Investigadores meditaban sobre lo ocurrido, se oyó un estampido de aplausos. Luego fue el ruido de una portezuela de hierro. «Rajah» pasó orgulloso por el túnel hasta la jaula-remolque. Los chicos contemplaron el enorme león.

—Tendría que ser algún loco, Jupe —decidió Bob.

Los brillantes ojos del Primer Investigador miraban fijos al león y su jaula.

—Loco, o lleno de rencor hacia la gente, Bob. También es posible que la causa sea otra.

—¡Caramba, Jupe! ¿Cuál? —inquirió Pete.

—Asustar al público en perjuicio de la feria —confesó Júpiter—. O deseo de convertirse en héroe capturando a «Rajah». O quizás una

simple treta para distraer a alguien.

—¿Acaso ha sucedido algo más, Jupe? —objetó Pete.

—Nadie intentó capturar a «Rajah» hasta que el Gran Iván intervino —señaló Bob.

—Pienso en que Pete se adelantó —concluyó Júpiter—. Si hubo algún plan, Pete lo estropeó al detener a «Rajah».

—¡Repámpanos, Jupe! —exclamó Bob—. Sin duda es un sistema muy peligroso, si en verdad quisieron perjudicar la feria.

—No sé qué decirte —musitó Júpiter—. Andy sabía que «Rajah» no es peligroso. Todos los empleados parecen saberlo.

—¿Sospechas que pudo ser alguien de la feria? —preguntó Bob. Júpiter asintió.

—Eso creo. Para llegar desde este remolque hasta donde Pete lo detuvo, «Rajah» debió ser conducido.

—¡Truenos, Jupe! Sólo el Gran Iván pudo hacer eso —afirmó Pete—. Sin embargo, él no necesitaba forzar su propio candado.

—No, a menos que quisiera desorientar a la gente —dijo Júpiter —. Resulta extraño que no advirtiera la ausencia de «Rajah».

Bob y Pete no hicieron comentario alguno. Júpiter frunció el ceño.

—El problema —siguió—, radica en que no sabemos lo suficiente ni para adivinar quién o por qué, al menos por ahora.

—¿Por ahora? —preguntó Pete—. ¿Quieres decir que vamos a…?

—Investigar —interrumpió entusiasmado Bob—. ¡Un caso para los Tres investigadores!

—Sí, eso pienso —corroboró Júpiter.

El Primer Investigador, de repente, se puso un dedo sobre los labios en demanda de silencio, y señaló hacia la parte posterior del entoldado.

Bob y Pete se volvieron a mirar.

Una sombra gigantesca se proyectaba sobre la lona. Era la silueta de un hombre que parecía desnudo. Tenía hombros macizos y su cabeza de pelos en desorden aparecía inclinada como si escuchase.

—¡Vamos, camaradas! —susurró Júpiter.

No había salido por detrás de la jaula-remolque del león, y tuvieron que deslizarse por la parte destinada a espectáculo.

Cuando alcanzaron la esquina de la lona no vieron a nadie.

—Debió oírnos —musitó Bob.

De pronto, captaron fuertes pisadas detrás de ellos.

—¡Ah! ¿Estáis aquí? —dijo una voz profunda junto a sus oídos —. ¿Qué hacéis?

Pete tragó saliva cuando al volverse contempló a un gigantón que les miraba fijamente. Llevaba un gran martillo en las manos.

—No…, no…, nosotros sólo… —tartamudeó Pete. En aquel momento, Andy Carson apareció detrás del hombre. Los ojos del muchacho se iluminaron cuando vio a los Tres Investigadores.

—Vaya, chicos; parece que mi padre os encontró. Pete volvió a tragar saliva.

—¿Tu padre?

—Así es, amigos.

El señor Carson se sonrió.

—Os buscaba para daros las gracias por haber sabido mantener tranquilo a «Rajah». Me hallaba con los anunciantes, y por eso Andy no pudo encontrarme. El muchacho añadió:

—Mi padre quiere recompensarnos con algo más de la feria que el gato giboso ganado por Pete.

—¡Mi gato! —exclamó el aludido—. ¡No lo tengo!

—¿Qué gato? —preguntó el señor Carson.

—Uno de los primeros premios de mi barracón, papá —explicó Andy.

—Quizá se halle en el entoldado del león —sugirió Bob. Pero allí no lo encontraron, ni tampoco donde antes calmara a «Rajah». Regresaron al barracón de tiro.

—Lo tenía antes de ver a «Rajah» —dijo Pete, desanimado—. Debió caérseme, y alguien lo encontraría.

Júpiter, silencioso desde que advirtieron la desaparición del gato, intervino en la conversación.

—Quizás Andy pueda proporcionarte otro, Pete. Señor Carson, cuando nosotros…

Andy lo interrumpió.

—¡Cominos! No puedo conseguir otro gato para Pete. Era el último, ¿no lo recuerdas?

—Ya encontraremos algo mejor —dijo el señor Carson. Júpiter preguntó de improviso:

—¿Hay problemas en su feria, señor?

—¿Problemas? —repitió el señor Carson, con voz profunda y sombríos ojos clavados en el Primer investigador—. ¿Qué te hace preguntar eso?

—Antes de que usted diera con nosotros, observamos a un hombre que nos vigilaba o nos escuchaba.

—¿Os vigilaba? —El señor Carson frunció el ceño y luego se rió —. No, debes estar equivocado. Tu imaginación se ha disparado tras lo ocurrido con «Rajah».

—Es posible —aceptó Júpiter—, pero no es imaginación lo que descubrimos antes de saber que nos espiaban. ¡«Rajah» no escapó; fue soltado!

El señor Carson los contempló, perplejo.

—Venid a mi remolque, muchachos.

Los camiones, automóviles-vivienda y remolque de la feria se hallaban aparcados en un campo próximo a las instalaciones. El señor Carson y Andy vivían allí. El remolque de ellos, engarzado en un auto, tenía dos literas, sillas, un escritorio cubierto de papeles de negocios, una pequeña caja de caudales, un gran cesto repleto de premios defectuosos: perros de trapo reventados, un gato de paño sucio, muñecas rotas, etcétera.

—Yo arreglo los premios rotos —dijo Andy. El señor Carson seguía grave.

—Sentaos, muchachos, y contadme.

Escuchó atento mientras Júpiter describía lo referente a la jaula de «Rajah».

—He estudiado cuanto se relaciona con el forzamiento de cerraduras, señor, y reconocí las huellas. No olvide que somos detectives experimentados.

Júpiter ofreció al señor Carson la tarjeta de su empresa:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

El señor Carson se sonrió.

—Una afición interesante, muchachos…

—Nuestro trabajo es más que una afición, señor —replicó orgulloso Júpiter—. La policía de Rocky Beach respalda nuestra solvencia. Presentó la segunda tarjeta que los chicos llevaban siempre encima.

El portador de la presente
es un auxiliar voluntario de la
policía de Rocky Beach.
Cualquier ayuda que se le preste,
será agradecida.

Firmado, Samuel Reynolds
Jefe de Policía

—Os ruego me disculpéis, jovencitos —se sonrió el señor Carson —. La tarjeta del jefe avala que ciertamente sois detectives. Sin embargo, esta vez os habéis equivocado.

—Jupe no se equivoca nunca, señor —declaró Bob.

—Vamos, Bob. Estoy seguro de que Jupe es un muchacho admirable, pero todos podemos equivocarnos.

—Pero, papá… —intervino Andy—, ellos…

El señor Carson se puso en pie.

—¡Basta, Andy! ¡Basta!, ¿me oyes? Júpiter está equivocado. Pero nos han prestado un buen servicio, y aquí tienen tres pases para todas las atracciones de la feria. —Los entregó a los chicos—. ¿Os parece buena recompensa?

—Es usted sumamente generoso —reconoció Júpiter.

—¡Oh, no! —gritó Bob— ¡miren la puerta!

A través de la cortina de la entrada vieron la sombra de pelo en desorden y abultados músculos en los hombros.

—¡Esa es la sombra! —musitó Pete.

El señor Carson se apresuró hacia la puerta, la abrió y luego se volvió sonriente. Entró un hombre de talla normal, desnudo el tórax musculoso. Vestía pantalones ajustados color negro y oro, pegados a sus piernas como una segunda piel, y botas altas de brillo impecable. Su pelo y barba aparecían desordenados y espesos.

—Este —dijo sonriente el señor Carson— es Khan, nuestro forzudo. Así, uno de nuestros misterios queda explicado, muchachos. Khan es el responsable de nuestra seguridad. Supongo que os vería ir a hurtadillas, y decidió vigilaros.

—Así es —confirmó Khan. El señor Carson asintió.

—Bien, muchachos. Ahora tengo asuntos que tratar con Khan. Andy debe regresar al barracón. Vosotros divertiros. Todo está aclarado.

—Gracias, señor —repitió Júpiter.

Bob y Pete siguieron a su amigo y jefe hasta alcanzar la trasera de un camión, fuera del campo visual del cochecasa. Júpiter se agachó y miró hacia el remolque.

—¿Qué haces, Jupe? —preguntó Bob.

—Estoy seguro de que no todo va bien en la feria, Tercero. Ese Khan se lleva algo entre ceja y ceja. No se parecía en nada a un guarda cuando nos escuchaba a nosotros y tengo la certeza de que Andy nos hubiera aclarado cosas interesantes de no interrumpirlo su padre. Acerquémonos a la ventana del remolque y escuchemos.

—¡Espera! —susurró. Pete.

Andy Carson abandonó el remolque y corrió hacia su barracón. Los muchachos se deslizaron hasta la ventana. La voz profunda de Khan decía:

—… y «Rajah» se escapa. ¿Y qué más, Carson? Quizá nadie nos pague nada.

—Todos cobrarán la semana próxima, Khan —contestó el señor Carson.

Khan siguió:

—Usted sabe cuán supersticiosa es la gente de feria, señor. La

exhibición será desafortunada. Habrá más problemas…

—Ahora, Khan, atiéndame. Usted…

Los Tres Investigadores oyeron pasos en el interior, y la ventana se cerró de golpe encima de sus cabezas. No pudieron oír nada más y se marcharon de prisa.

—¡Cáscaras! ¡Hay problemas! —exclamó Pete—. Pero ¿qué podemos hacer si el señor Carson se niega a hablar de ello? Júpiter, pensativo, comentó:

—Impidió que Andy hablara. Bien, nosotros tenemos pases, y podemos vigilar. Bob buscará en la prensa de la biblioteca historias de problemas feriales en otras ciudades. Mañana nos reuniremos y veremos lo que decidimos.

—¿Qué piensas hacer, Primero? —preguntó Bob.

—Meditar —fue la misteriosa respuesta del jefe—. Dedicaré el resto de la noche a documentarme.

Capítulo 6

Andy se maravilla

Pete durmió mal aquella noche intentando hallar razones convincentes para que el señor Carson los dejara investigar. Amaneció sin que hubiese logrado ninguna idea feliz. Cuando baja a desayunarse, coincidió con su padre.

—Hola, papá. Sí que has madrugado hoy.

—Una llamada urgente de Alfred Hitchcock —explicó el señor Crenshaw—. Trabajo especial en un nuevo filme. Desgraciadamente prometí a tu madre limpiar hoy el sótano. Mucho me temo que esa responsabilidad sea tuya ahora.

Pete gimió en silencio, empero contestó:

—No faltaría más, papá. Lo haré.

Pete no pudo acudir al «Patio Salvaje» de los Jones hasta después de comer. Una vez allí se introdujo por un largo tubo acanalado que parecía acabarse debajo de un montón de chatarra. Se trataba del Túnel Dos, la entrada principal al Puesto de Mando. Pete no tardó mucho en alzar la trampa en el piso del remolque. Júpiter estaba allí.

—¿Ya has resuelto cómo lograr que el señor Carson nos deje ayudarle? —preguntó el Primer Investigador.

—No —suspiró Pete—. No se me ocurrió nada, a pesar de pensar mucho en ello.

—Ni a mi —admitió Júpiter—. Espero que Bob encuentre algo en la biblioteca.

El jefe, de pie ante el «Todolové», se puso a observar el exterior. El «Todolové» era un periscopio rudimentario, pero eficaz, que Júpiter había construido para remediar la única desventaja del

Puesto de Mando: su falta de visión exterior. El «Todolové» sobresalía por encima de la chatarra con aspecto de simple tubo. Con él, los chicos podían ver la mayor parte del patio.

—Ahora llega —dijo Júpiter.

Minutos después Bob emergió por la trampilla agitando una libreta de notas. Parecía entusiasmado.

—¿Hallaste problemas feriales? —exclamó Pete. Bob rebosaba de satisfacción.

—Precisé de toda la mañana, pero lo conseguí. Las ferias no son muy importantes, y eso me obligó a leer muchos periódicos de ciudades pequeñas.

—¿Qué hallaste, Bob? —preguntó Júpiter.

Éste abrió su libro de notas.

—Hace tres semanas la feria perdió su atracción de ponies en Ventura. Tres de los caballitos murieron por envenenamiento en la comida. Luego, hace tres días, se declaró un incendio cuando se encontraban al norte de San Mateo. Se quemaron cuatro tiendas: la de tragafuegos, la de lanzamiento de anillas, la del león y parte del barracón de tiro. Tuvieron mucha suerte al poderlo apagar a tiempo.

—¿El entoldado del león? —exclamó Pete—. Eso representa un segundo accidente allí.

—Podría ser una coincidencia —aventuró Júpiter—. Nunca debemos sentar conclusiones. Empero me gustaría saber si los ponies se hallaban dentro del recinto ferial.

—Los periódicos no lo aclaran, jefe —contestó Bob.

—No —exclamó Júpiter, pensativo—. Esos dos accidentes hubieran podido ser mucho peores. La feria tuvo suerte, a menos que… Imagino que no es todo lo que encontraste, ¿verdad, Bob?

—¿Cómo lo sabes, Jupe? —preguntó Bob, sorprendido.

—Anoche oímos a Khan que mencionaba la superstición —recordó Júpiter—. Cuando llegué a casa hablé con tío Titus y leí alguno de sus libros. No ignoráis que mi tío trabajó en un circo. Una de las supersticiones más antiguas de las ferias es que los accidentes se repiten hasta tres veces. Luego la escapatoria de «Rajah» era el tercero.

—¡Canastos! ¿Acaso lo crees tú también? —inquirió Pete.

—Esa gente vive en constante nomadismo, Segundo, y conservan

celosamente sus viejas creencias. Pero anoche hice algo más que leer historias. Tío Titus me habló de una guía con el nombre de todos los circos y artistas. Telefoneé a la biblioteca de Los Angeles esta mañana. No está en la lista ningún forzudo llamado Khan.

—¿Lo supones un impostor? —intuyó Pete.

—Puede ser nuevo en el oficio —corrigió Júpiter—. O tal vez proceda del extranjero. Lo cierto es que hay algo sospechoso en Khan. Bien, se me ha ocurrido una idea que nos facilitará intervenir en la feria, si convencemos a Andy que venga aquí y colabore con nosotros.

—¿Cuál es tu plan? —quiso saber Pete.

Jupe lo explicó. Sus amigos se sonrieron y asintieron.

* * *

Pete, que se entretenía en manejar el «Todolové», exclamó:

—¡Ahí llega, amigos!

Cuando Andy alcanzó el taller del Puesto de Mando, el atlético del grupo lo aguardaba.

—¿Qué sucede, Pete? —preguntó Andy.

—Pensamos que te gustaría conocer nuestro Puesto de Mando secreto y cómo trabajamos.

Lo condujo por el Túnel Dos y, a través de la trampilla, entraron en el remolque.

—¡Cominos! ¡Qué sitio más fantástico! —exclamó Andy. Miró con ojos muy abiertos el microscopio, el teléfono, el periscopio, las radios portátiles colgadas de la pared, los archivos, el detector de metal, estantes con libros y trofeos, y el resto del equipo que los muchachos habían dispuesto de modo que Andy lo viera. Este miró a Bob y a Júpiter, al parecer enfrascados en algún trabajo importante. Ninguno de los dos alzó la cabeza. Júpiter estudiaba con lupa una cerradura, y de vez en cuando consultaba un libro. Pete habló en voz baja.

—Sabemos que algo va mal en tu feria, Andy. Investigamos los detalles.

—No puede ser —objetó el muchacho—. Vosotros no sabéis nada.

—La ciencia y nuestro adiestramiento nos dirá lo que vosotros

no queréis decir, Andy —declaró Pete, sonando tan pomposo como Júpiter.

De repente, el jefe se puso en pie.

—Un profesional del crimen soltó a «Rajah», compañeros —anunció como si no hubiera advertido la presencia de Andy—. No cabe ninguna duda. Las mellas en la cara exterior del candado están hechas con una ganzúa del tipo siete. Sospecho que han querido provocar problemas.

Andy, en pie, parpadeó al oír tan floridas palabras, que sólo entendió a medias.

Antes de poder recuperarse de su asombro, Bob dijo:

—Es cierto. La muerte de tres ponies hace tres semanas obligó a suspender el número de exhibición que éstos realizaban. Más tarde el fuego destruyó tres tiendas y parte del barracón de tiro, con la consiguiente pérdida económica. Desde entonces, el señor Carson no ha podido pagar los salarios.

Júpiter preguntó:

—¿Qué sabemos de los artistas?

—El forzudo Khan —anunció Bob— no tiene antecedentes de trabajo en otras ferias. Posiblemente se trate de un impostor.

La boca de Andy, a medida que se desarrollaba la fingida escena, se abría en una mueca de estupefacción. Al fin no pudo contenerse.

—¿Quién os contó eso?

Bob y Júpiter se giraron como sorprendidos de que Andy se hallara en el Puesto de Mando. El jefe lo envolvió en la más inocente de las miradas.

—¡Andy! Ignoraba que estuvieses aquí.

—Alguien debió deciros eso —insistió el muchacho.

—No, Andy. Somos investigadores, y, sencillamente, lo hemos averiguado. ¿Significan tus palabras que estamos en lo cierto?

Andy asintió.



—Todo; incluso lo de Khan. Es cierto que usa un nombre falso, pero es actor de circo. Necesitaba dinero y vino a trabajar con nosotros. Las ferias son inferiores a los circos, y no quiso que nadie supiera que trabaja con nosotros. Incluso ignoramos su verdadero nombre, pero es un buen forzudo.

—Te creo, Andy —aseveró Júpiter—, empero no hay duda en cuanto a que alguien intenta perjudicaros. Nos gustaría ayudaros a esclarecer los hechos, si es que tu padre nos lo permite.

Andy los observó un momento, antes de hablar.

—Si nadie os lo contó, decidme cómo lo averiguasteis. No creo en la magia; no, señor. ¿Cómo lo hacéis, chicos?

—Elemental, mi querido Andy —le dijo Júpiter, que se sonrió.

Bob y Pete se sonrieron también, mientras su jefe explicaba cómo habían logrado averiguar los problemas de la feria. Andy, admirado y sorprendido, exclamó:

—¡Cominos!, ¡vosotros sí que sois buenos detectives! Apuesto a que podríais descubrir qué sucede en la feria. Pero los feriantes son muy orgullosos y mi padre no quiere ayuda exterior.

—En tal caso su negocio no tardará en hundirse —comentó Júpiter.

—Lo sé. Si no pagamos la semana próxima… —Andy se interrumpió, pero a su rostro afloró una firme determinación—. Bien, si mi padre no quiere, ¡yo sí! Muchachos, alguien intenta que mi padre pierda la feria por mi causa.

Capítulo 7

Descubrimiento alarmante

—¡Es mi abuela! Odia a papá —confesó Andy. El rostro del muchacho se entristeció—. Mi madre falleció cuando yo era pequeño. Sufrió un accidente. Apenas la recuerdo.

—Lo sentimos, Andy —se condolió Bob.

—Sucedió hace mucho. Mi abuela materna nunca aceptó a papá por causa de la feria. Se opuso a que mamá se casara con él, y cuando ella murió, mi abuela culpó a papá y a la feria. Odia a ésta, y dice que no es lugar adecuado para un chico.

»La muerte de mamá desmoralizó a mi padre, y desde entonces la feria va de mal en peor. Yo era pequeño y mi abuela se empeñó en que viviese con ella. No es rica, pero tiene algún dinero, y papá viajaba mucho. Al fin consintió en que me fuese con la abuela.

El rostro de Andy se ensombreció.

—Me hice mayor y dejó de gustarme la compañía de la abuela. Ella es amable, pero todo le asusta y no me dejaba hacer nada. Ansié estar con mi padre en la feria. Eso me indujo a huir y reunirme con él. Mi abuela, enloquecida, trató de obligarme a regresar, pero papá la mandó a casa.

Júpiter lo interrumpió.

—¿Hubo amenazas, Andy?

El chico asintió.

—Dijo que no consentiría en verme hecho un saltimbanqui como papá, expuesto a correr la misma suerte de mi madre. Amenazó con recurrir a la ley y demostrar que papá no podía cuidarse de mí. Esa es la razón de que papá tratase de probar suerte en California. Así se alejaba de la abuela, y tal vez ganaría suficiente para refutar sus

alegaciones. ¡Pero esos accidentes…! Papá puede perder todo el espectáculo.

Júpiter asintió grave.

—¿Crees que tu abuela irá tan lejos como para arruinar la feria?

—Lo ignoro, Júpiter. He intentado no pensar en ello. Siempre fue buena conmigo, pese a su odio hacia papá. Y no se me ocurre que pueda ser otra persona.

—Pero esos accidentes pudieron perjudicarte, Andy —arguyó Júpiter, pensativo—. No creo que recurriera a tan desesperadas medidas. Quizás haya algún enemigo de tu padre que tú desconozcas. Alguien con un motivo más fuerte para arruinarlo.

—Lo ignoro, Jupe. En cambio, sé que se saldrá con la suya si no lo averiguamos —contestó Andy—. Todo el personal de la feria espera asustado el próximo accidente.

—¿El próximo? —repitió Júpiter, sorprendido—. De hecho debiera de haberse tranquilizado ya, pues se consumó el tercer accidente.

Andy denegó con la cabeza.

—Para ellos la escapatoria de «Rajah» no cuenta, porque nadie sufrió daño alguno, gracias a Pete. Aún esperan el tercero.

—Eso es peligroso —señaló Bob—. Lo que la gente aguarda, sucede un día.

—Bien —intervino Pete—, si hay un responsable de estos accidentes, ocurrirán otros.

—Estamos de acuerdo, Segundo —contestó el jefe, sobriamente — y me preocupa que la escapatoria de «Rajah» no se parezca a los otros dos accidentes. No sigue el mismo modelo. Los anteriores sucedieron con la feria cerrada. Ninguna persona podía sufrir daño. Es como si el causante sólo hubiera pretendido causar perjuicio en las instalaciones. En cambio, si Pete no llega a detener a «Rajah», hubiera sido muy peligroso para las personas.

—Quizá la escapatoria de «Rajah» fue un verdadero accidente — aventuró Pete.

—No, estoy convencido de que no —insistió Júpiter, frunciendo el ceño—. Es anonadante, muchachos, cuando algo no encaja. Debemos buscar la pieza que resuelva este rompecabezas. Bien, ya es hora de que todos regresemos a la feria. ¿Puedes hacernos pasar, Andy, aunque ahora esté cerrado?

—Por supuesto que sí. Diré que deseáis ver el ensayo general y puesta a punto. Todos saben lo de Pete y «Rajah», y no se sorprenderán.

—¿Qué buscaremos, Primero? —quiso saber Pete.

—No estoy seguro —admitió Júpiter—. Alguna clase de relación entre los tres accidentes, o algo que se asemeje a un sabotaje. En fin, cualquier cosa no habitual o sospechosa. Tendremos que ser cautelosos, por lo tanto…

Todos oyeron una voz lejana procedente del exterior. Pete se precipitó al «Todolové».

—Es tía Mathilda —informó—. Quiere a Bob. Algo relativo a una cita.

—La cita con mi dentista —gimió Bob—. Lo olvidé.

Júpiter frunció el ceño. El Primer Investigador detestaba que sus planes fueran interferidos. Suspiró.

—Será mejor que vayas, Tercero. Empezaremos solos. En caso de que nos ausentemos de la feria o sigamos a alguien, utilizaremos mis nuevas señas direccionales, para que puedas localizarnos.

—¿Tus nuevas, qué? —exclamó Pete.

—Señal direccional y de alarma o emergencia —explicó Júpiter, sintiéndose orgulloso—. En eso trabajaba ayer, Segundo. Lo acabé esta mañana mientras os esperaba. Sólo he podido completar dos unidades. Nos llevaremos una y daremos a Bob la otra. Es precisamente lo que necesitamos esta vez. Nuestras radios serían demasiado visibles. Debemos dar la sensación de que no buscamos nada.

—¿Qué hace tu señal, Jupe? —interrogó Andy.

—Es un sistema de localización. Algo así como una paloma mensajera. Emite un ruido continuado que se vuelve más intenso a medida que uno se acerca al otro detector. Va dotado de una esfera que indica la dirección. Es una sencilla esfera con una flecha, que muestra si la señal viene de la derecha, de la izquierda o del frente. Cada unidad es a la vez emisor y receptor, y lo suficientemente pequeña para llevarla en un bolsillo.

Para las emergencias, la unidad posee una pequeña luz roja que se activa sola cuando uno de nosotros se halla en peligro. Basta con decir la palabra «auxilio» cerca de la unidad, y la luz roja se encenderá en las otras unidades. Es preferible a las radios portátiles,

por su menor volumen.

—¡Cominos! —Andy no ocultó su admiración—. ¿Eres capaz de todo, verdad, Júpiter?

—Bueno, Andy… —el Primer Investigador confundióse un instante—. Intento mantener nuestro equipo de investigación a la altura de los tiempos. Nuestra señal sólo puede ser captada por una de nuestras propias unidades, y su alcance es de unos cinco kilómetros.

—Me llevaré la mía e iré a la feria tan pronto pueda —dijo Bob.

El Tercer Investigador recogió su bicicleta y dijo a tía Mathilda que se iba al consultorio del dentista. Los otros salieron unos minutos después y se dirigieron a la feria. El día soleado se volvía gris y el viento aumentaba. De no estar en California del Sur y a principios de septiembre, los chicos habrían esperado lluvia. Incluso sin llover, el día se había vuelto triste y sombrío mientras pedaleaban hacia el recinto ferial.

—Andy —dijo Júpiter, desmontando de su bicicleta—, te incorporarás a tu trabajo para que nadie recele. Pero mantén abiertos los ojos en tu barracón de tiro. Pete vigilará a los artistas y yo paseare entre las cabinas y las tiendas. Permaneced alerta y captad cualquier cosa extraña o sospechosa. ¿Entendido?

Andy y Pete asintieron, y los tres caminaron hacia sus puestos. Bob llegó al consultorio del dentista, pero éste se hallaba ocupado en una urgencia, y el chico tuvo que aguardar. Impaciente, hojeó todas las revistas, maldiciendo interiormente la espera que le impedía irse a la feria.

Después de acabar con las revistas, decidió consultar la primera edición vespertina del periódico de Rocky Beach, por si hacía referencia a la escapatoria de «Rajah». No encontró mención alguna sobre el león, pero sí un artículo sobre la feria, animando a la gente a que fuera a visitarla.

Bob, hijo de un periodista de uno de los más importantes rotativos de Los Angeles, comprendió en seguida que aquel articulo era lo que los «profesionales» denominan «recurso». Su autor no había estado en la feria. Sencillamente, se había inspirado en la propaganda llegada a sus manos. Semejante práctica es muy frecuente en los periódicos de poca importancia.

No obstante, Bob consideró una gran suerte que no hubiera

habido ningún reportero en la feria la noche anterior. De haberse publicado la historia de «Rajah», las autoridades locales hubieran revocado la licencia para la feria.

De repente, su atención fue captada por un pequeño anunció:

SE NECESITAN GATOS GIBOSOS

> Gatos de paño para niños pequeños. Deben ser a rayas rojas y negras, con lomo encorvado, un solo ojo, y collar rojo. Se pagarán 25$ por cada gato que se ajuste a esta descripción. Llamen al 7-2222, de Rocky Beach.

Bob dio Un salto. La descripción era exactamente la del gato giboso que Pete ganara, y perdiese después. Rasgó el anunció y corrió hasta la puerta del despacho del odontólogo.

—¡Doctor! Tengo que irme —gritó, y antes de que el dentista pudiera contestar, corría hacia su bicicleta.

Capítulo 8

¿Quién quiere un gato giboso?

En la feria, Pete llevaba más de una hora sumido en atenta observación.

Los dos cómicos ensayaban un número distinto del presenciado por Pete la noche anterior. El payaso alto y tristón portaba una escoba diminuta y un recogedor de basura con tapa y largo mango. Cada vez que alzaba del suelo el recogedor, se abría su fondo y desparramaba los residuos. El cómico contemplaba tristemente lo caído, mientras su compañero bajo y gordo se desternillaba de risa. El come fuegos practicaba con tacos llameantes sujetos en las puntas de sus espadas. Pete, admirado, vio cómo se los ponía tranquilamente en la boca.

Khan, el forzudo, alzaba pesos y partía gruesos libros. Pete lo observó detenidamente, sin que en ningún momento le resultase sospechoso.

El Gran Iván trabajaba en el interior de la jaula de exhibición con «Rajah», enseñando al magnífico león un nuevo número sobre las cubas rayadas que los chicos pintaran.

Los equilibristas ensayaban su especialidad sobre alambres tensados entre dos altos postes.

Júpiter deambulaba entre casetas y tiendas donde los empleados hacían reparaciones disponiéndolo todo para el espectáculo nocturno.

Tampoco descubrió nada sospechoso. Se hallaba ante el tiovivo cuando Andy se unió a él. El muchacho había terminado su trabajo en el barracón de tiro.

—¿No probáis la noria, Andy? —preguntó Júpiter. Señaló la

quieta y enorme rueda, con sus góndolas cubiertas con una lona.

—Vale demasiado el hacerla funcionar —explicó Andy—. La ponemos en marcha en el momento en que abrimos la feria, y ello sirve de prueba.

—¿Tenéis un mecánico que se encargue de ella?

—Lo hace mi padre.

Júpiter se quedó pensativo.

—Es la atracción más importante. Vale como el símbolo de las ferias.

—Ahí viene Bob —dijo Andy—. Parece alterado.

Bob pedaleaba con vigor hacia Pete. No tardaron ambos en reunirse con ellos. Bob empezó a hablar antes de descender de la bicicleta.

—¡Jupe! ¡Alguien está interesado en comprar gatos gibosos!

—¡Gatos iguales al que yo perdí! —exclamó Pete.

—No creo que Pete lo perdiese —dijo Bob, buscando en uno de sus bolsillos el anuncio arrancado del periódico—. Estoy convencido de que se lo robaron. Mira esto, jefe.

Todos se reunieron alrededor de Júpiter mientras leía el pequeño anuncio. Sus ojos brillaron de modo elocuente.

—Sí, parece que buscan gatos como el de Pete —admitió el Primer Investigador—. Andy, ¿cuántos gatos de esta clase tenías tú?

—Cinco en Rocky Beach, Jupe. El de Pete era el último.

Júpiter asintió.

—Y Pete perdió el último. O como dice Bob, quizá se lo robaron. En tal caso, sería la segunda vez que roban el mismo gato. Muchachos, creo que empezamos a vislumbrar una pista.

—¿Qué pista, Primero? —quiso saber Bob.

—Alguien desea esos gatos gibosos, Tercero —afirmó Júpiter convencido—. Quizá los quiera todos.., o sólo uno. Ahora comprendo por qué soltaron a «Rajah».

—¿Sí? —exclamó Pete—. ¿Por qué?

—¿Por qué soltaron a «Rajah». Primero? —inquirió Bob.

—¡Para distraernos, Tercero! —declaró Júpiter—. El viejo, al fracasar en su empeño de robar el gato, debió regresar a la barraca de tiro, y vio cómo Pete se lo llevaba. Mientras nosotros disparábamos, fue en busca de «Rajah». Y tan pronto vosotros dos y Andy fuisteis al remolque, lo soltó para distraernos. Pete dejó caer

el gato y se olvidó de él. Luego, el anciano, sólo tuvo que recogerlo y llevárselo.

—¡Recanastos, jefe! —exclamó Pete— cuánto me gustaba poseer el dichoso minino! Ha de ser valioso e importante.

—Eso me temo —concedió Júpiter—. Andy, ¿había algo especial en esos gatos gibosos? ¿Se te ocurre por que alguien pudiera desear uno de ellos, o todos?

Andy denegó con la cabeza.

—Ignoro el motivo, Jupe. No hay nada especial en ellos que yo sepa.

Júpiter reflexionó Un momento mientras los otros lo contemplaban. El recio Primer Investigador se mordió el labio.

—Sólo hay tres posibilidades o razones, chicos —dijo al fin—. Primero, que alguien desee poseer todos esos gatos, según se desprende de la lectura del anuncio. Segundo, los gatos gibosos, todos juntos, significan algo.

—¿Insinúas una razón parecida a la del caso del «Loro Tartamudo»? —se apresuró a preguntar Bob.

Se refería a un grupo de loros a quienes por separado se les enseñó parte de un mensaje que resolvía un misterio.

—Exacto —confirmó Júpiter—. Y, tercero, quizás uno de ellos tenga algo valioso que Andy no sepa. —Se volvió a éste—. ¿Habéis estado con la feria en México, o en otro lugar próximo a la frontera?

—No, Jupe. Sólo en California.

—¿Por qué en México precisamente? —inquirió Bob.

—Pensaba en contrabandistas. Estos individuos a menudo ocultan cosas en el interior de artículos, semejantes a esos gatos. ¿Dónde los obtuvisteis, Andy?

—En Chicago. Papá los compró al mismo fabricante.

Júpiter frunció el ceño.

—Bueno, hay algo importante en esos gatos, y tenemos que averiguarlo. Una cosa me intriga, no obstante. ¿Por qué el viejo intentó robar solamente el último gato? Andy, hoy es tu tercer día en Rocky Beach, ¿verdad?

—Así es. Hemos dado dos representaciones. Llegamos la otra noche desde San Mateo.

—¿Y cuándo diste los gatos? —preguntó Jupe.

—Cuatro la primera noche —explicó Andy—. El quinto es el de

Pete.

—¿Cómo es que entregaste cuatro gatos la primera noche? ¿No te parece un exceso de primeros premios?

—Procuramos que la primera noche haya muchos ganadores —explicó Andy—. Queremos que la gente hable de que han ganado. Es una buena publicidad.

—¿Siempre fueron primer premio los gatos? —preguntó Júpiter.

—Oh, no. Suelo cambiar los primeros premios. Perdí los mejores en el incendio de San Mateo, y por eso ofrecí los gatos gibosos aquí. Júpiter reflexionó.

—¿Guardabas los gatos en el remolque? ¿Estaban seguros allí?

—Bueno, el remolque siempre lo tengo cerrado. Cuando la feria no funciona lo ponemos junto a nuestro remolque vivienda y, además, está dotado de un timbre de alarma. Más de una vez han intentado robarnos, especialmente los chiquillos. Siempre hay alguno alrededor de nuestro campamento. Y si funciona la feria, lo tengo cerrado detrás del barracón, de modo que pueda verlo.

—¿Supone eso que resultaría muy difícil robar un gato sin ser visto?

—Naturalmente. Claro que durante la noche y la mayor parte del día es factible entrar en el remolque, pero sonaría la alarma y el ladrón sería descubierto.

—Si —aceptó Júpiter, y los chicos presintieron cómo el engranaje mental del Primer Investigador se movía—. Salisteis de San Mateo con cinco gatos gibosos, y vinisteis directamente aquí. Hubiera resultado difícil robar los gatos entre San Mateo y Rocky Beach. Tampoco era fácil robarlos del remolque sin ser descubiertos. El día de vuestra presentación entregaste cuatro gatos como primer premio. Luego, anoche, el viejo del bigote y gafas oscuras intentó hacerse con el último. Falló, y Pete lo consiguió. «Rajah» fue soltado, y Pete perdió su gato. Ahora alguien publica un anuncio pidiendo gatos.

—Así ha sucedido —convino Andy—. Pero ¿qué significa todo eso, Jupe?

Los ojos del Primer Investigador adquirieron el fulgor tan conocido por Bob y Pete, y supieron que estaba a punto de madurar una teoría.

—Un hecho queda en pie, Andy —dijo el recio jefe de los

investigadores—. Nadie intentó robar tus gatos antes de anoche. A mi, eso me sugiere dos probabilidades.

Los ojos de Júpiter relampaguearon—. Estoy convencido de que los gatos se hicieron valiosos sólo en los últimos días. Y el hombre que ansia esos gatos es miembro de la feria.

Capítulo 9

Júpiter concibe un plan

—Pero, Júpiter —protestó Andy—, nadie en la feria se parece al viejo del bigote.

—Simple disfraz, Andy. Recuerda que era un bigote espeso, que el sombrero le ocultaba el rostro, que usaba gafas oscuras y había anochecido.

—¡Caracoles! —saltó Pete—. Un miembro de la feria hubiera podido hacerse con los gatos en cualquier ocasión favorable.

—Exacto —convino Bob—. Luego no precisaba de disfraz, jefe. Pudo cogerlos sin temor a ser descubierto.

—Estáis en un error, amigos. El hecho de que no se intentase asaltar al remolque es precisamente lo que me convence. Un forastero sencillamente lo hubiera hecho, incluso sabiendo lo difícil que le resultaría, y sin temor a ser reconocido.

—¿Y bien? —dijo Bob.

—Un miembro de la feria hubiera tenido que disfrazarse, con riesgo de ser identificado —continuó Júpiter—. Además, nunca ignorarla cuán difícil le sería penetrar en el remolque. En caso de huir, su ausencia habría sido advertida y, de no hacerlo, se arriesgaba a ser visto con los gatos. Por otra parte, llevárselos del remolque revelaría interés o valor para alguien.

—¡Rábanos picantes, Júpiter! —exclamó Pete—. ¿Supone eso que al ladrón no le interesaba se supiera que habían sido robados?

—Ahora das en el clavo, Segundo. Sin duda, su propósito fue evitar que nadie prestase atención a esos gatos. El ladrón temió que alguien pudiera sospechar su valor. Y no comprendo que a un extraño hubiera podido importarle.

—¡Uf, parece que tienes razón! —admitió Andy.

—Sé que la tengo. El hecho de que el ladrón esperase hasta anoche, me reafirma en mi teoría. Por tratarse de un empleado de la feria, tuvo que acentuar sus precauciones. Él podía aguardar y elegir el momento adecuado para no levantar sospechas. Sólo que esperó demasiado.

—¿Demasiado, Jupe? —Pete se hallaba perplejo.

—Sí, amigo mío. Según Andy, los gatos se ofrecieron de primer premio aquí, en Rocky Beach. El entregó cuatro la primera noche. Eso no se lo esperaba el ladrón, y tuvo que actuar de prisa. Entonces se apoderó del último, pero lo perdió. En su desesperación recurrió al arriesgado truco de soltar a «Rajah».

Andy exclamó sorprendido:

—¡Sólo alguien que conociera a «Rajah» podía intentarlo!

—Lo peor —siguió Júpiter—, es que ahora debe estar mucho más desesperado. Me lo confirma el anuncio. Tal vez el gato de Pete no sea el que deseaba, e intenta hacerse con los otros, o bien los quiere todos.

Bob asintió.

—Creo que estás en lo cierto, Primero. Sin embargo, ¿por qué se transformaron en valiosos precisamente en los últimos días?

—Porque nada aconteció durante las tres semanas antes del incendio de San Mateo, Bob —explicó Júpiter—. A menos que se tratara de un accidente verdadero, todo sucedió después de eso. Tal vez el fuego constituyó el primer intento de conseguir los gatos. ¿Estuvieron en el remolque mientras permanecisteis en San Mateo, Andy?

—Algunos sí. Otros los tenía expuestos.

—Pero, Jupe —arguyó Bob—. Según tú, el ladrón aguardaba su oportunidad. Su intento de hacerse con los gatos en San Mateo, ¿no echa por tierra tu teoría?

—Por supuesto que no —replicó Júpiter, algo ofendido—. Dije que esperaba una buena oportunidad. Sí, lo intentó en San Mateo, falló y esperó una nueva ocasión. Claro que el incendio pudo obedecer a otras razones; eso es algo que hemos de averiguar, muchachos. Ahora lo importante es saber qué sucede, y quién desea con tanta ansiedad esos gatos.

—¿Cómo lo sabremos? —inquirió Pete. Júpiter respondió luego

de breve meditación:

—Te quedarás aquí, Pete. Sitúate donde puedas ver a cualquiera que abandone el recinto, sin que a su vez te descubra.

—¿Es necesario hacer eso? —protestó el inquieto muchacho.

—Tengo la certeza de que el ladrón es un empleado de la feria —dijo Júpiter—. Y éste habrá de salir para reunirse con las personas que contesten su anuncio, a menos que disponga de un socio. No obstante, por su modo de actuar opino que está solo —se volvió a Bob—. Tercero, entrégale tu emisor-receptor de señales. Me quedo el mío para nosotros.

—¿Vas a alguna parte? —inquirió Andy—. ¿Puedo ir con vosotros?

—Bien, Andy; pero tenemos que darnos prisa —concedió Júpiter.

—¿Dónde vais, Jupe? —gritó Pete.

Su pregunta rebotó en las espaldas de sus amigos, que corrían hacia su bicicletas. Cuando Júpiter tenía un plan de acción, raramente se entretenía a dar explicaciones a sus compañeros de investigación. Pete contempló cómo se alejaban. Luego buscó donde ocultarse sin perder de vista las salidas del recinto. Su mirada se detuvo ante la alta valla del parque de atracciones abandonado, a unos veinte metros de la puerta principal.

En la parte inferior de la valla descubrió una abertura. Por encima de la valla sobresalían las vigas de las montañas rusas. Era, sin duda, el lugar ideal para observar la feria sin ser visto. Pete miró en derredor, sin que advirtiera la presencia de nadie interesado en él. Todos parecían hallarse demasiado ocupados. El Segundo Investigador anduvo con naturalidad hacia la valla del viejo parque de atracciones.

Seguro de no ser visto, se deslizó por la abertura y caminó entre las construcciones abandonadas y medio derruidas de lo que antaño fuera un animado lugar de diversión. Escaló las ruinas de las montañas rusas hasta un lugar desde el que observar la salida de la feria.

Sentado entre las vigas empezó la vigilancia. Se sentía intranquilo. El frío viento arrancaba gemidos a los viejos maderos y las vallas parecía haberlos separado del mundo de los vivos. Cual fantasma, las montañas rusas se alzaban amenazadoras en el

grisáceo día. La Casa de la Risa entre él y la valla le pareció irreal, con su entrada a través de la gran boca riente de un gigante. A la derecha, junto al océano, el Túnel del Amor presentaba sus paredes agujereadas y tambaleantes. Un estrecho canal de agua sucia lamía la entrada. Allí, pequeñas embarcaciones habían aguardado para llevar de paseo a las parejas.

La deprimente soledad huyó de Pete cuando un hombre apareció en la puerta principal de la feria, y luego de observar las inmediaciones, se fue con prisa hacia el barrio comercial de Rocky Beach. Pete lo siguió con la vista, seguro de que había algo familiar en él, pero vestía traje de ciudad y, a cincuenta metros, en la claridad tristona del día grisáceo, no pudo reconocerlo.



¿Sería Khan? Tenía hombros macizos y barba. Pero no abundante cabellera, si bien podía llevarla oculta debajo del sombrero. Sin los ajustados pantalones, parecía otro, y Pete no estuvo seguro. Mientras el muchacho se debatía en sus dudas, otro hombre surgió en la puerta. Su figura alta, de nuevo vagamente familiar, le recordó al Gran Iván.

Pete se desalentó al comprender que a cincuenta metros no reconocería a ningún artista sin su traje de trabajo. Otros dos hombres salieron por la puerta lateral. Uno era viejo, de pelo gris, alto también. El otro, calvo y de mediana edad, hubiera podido ser el tragafuegos, pero el primero no le recordó a nadie.

Malhumorado, el Segundo Investigador continuó su vigilancia. La salida de otras personas del recinto ferial le hizo suponer que había concluido la hora de los ensayos. Aunque llegara a identificarlos, de nada serviría.

Al fin, un rostro conocido apareció en la puerta lateral: era el señor Carson. El padre de Andy caminó de prisa hacia un coche pequeño y se marchó en él. Pete se preguntó si debía de quedarse allí o irse en busca de sus amigos.

El viejo parque de atracciones crujía amenazador bajo el soplo del creciente vendaval.

Capítulo 10

El hombre tatuado

Júpiter, Bob y Andy se fueron en sus bicicletas directamente al «Patio Salvaje». Una vez allí, el Primer Investigador desapareció entre la pila de chatarra sin decir palabra.

—¿Qué hace Júpiter, Bob? —preguntó Andy.

—Lo ignoro. Cuando el jefe tiene algún proyecto gordo, suele contarlo una vez resuelto, pero no antes.

Oyeron ruidos y golpes entre trastos viejos. Júpiter parecía remover objetos pesados. Al fin oyeron un grito de triunfo, y el fornido Primer Investigador surgió al aire libre. Mostraba una amplia sonrisa y llevaba un objeto extraño.

—Sabía que teníamos uno aquí —dijo exaltado—. ¡En el «Patio Salvaje» de los Jones hay de todo!

Alzó un gran gato de paño como Bob y Andy jamás habían visto. Su cuerpo, a motas negras y blancas, lucía unas patas rasgadas, le faltaba un ojo y el relleno le colgaba.

—¿Para qué lo quieres, Júpiter? —preguntó Andy.

—Para contestar al anuncio.

—Pero, Jupe —objetó Bob—, éste no se parece en nada a los gatos gibosos de Andy.

—Se parecerá, se parecerá —afirmó Júpiter—. Vamos.

Se introdujo en el Túnel Dos hasta el Puesto de Mando, seguido de Bob y Andy. Allí se acomodó frente a un pequeño banco de trabajo.

—Bob, llama al número de teléfono del anuncio y averigua dónde hemos de ir.

Júpiter comenzó a trabajar con el feísimo gato. Usó un tinte

rápido, aguja e hilo, y trozos retorcidos de alambre para reconstruir y reparar el felino. Trabajaba aprisa y en silencio, con los ojos brillantes.

Bob colgó el auricular y se unió a Andy ante el banco.

—¿Tienes la dirección, Tercero? —preguntó Júpiter sin alzar la vista.

—El número era de una agencia. Me dijeron que fuera al número 47 del camino de San Roque. Eso está a sólo diez bloques de aquí.

—Bien. Llegaremos con tiempo sobrado, puesto que fue anoche cuando se publicó. Probablemente utilizó esa agencia al carecer de una dirección fija.

Media hora después, Júpiter, satisfecho, ponía un collar teñido de rojo alrededor del cuello del gato de paño.

—¡Ahí tenéis! Rojo y negro, tuerto, con giba y un collar rojo.

—Aun así, no se parece a los gatos de Andy —insistió Bob.

—Pero basta para nuestros fines —declaró Júpiter—. Ahora vamos a vender un gato giboso.

Quince minutos más tarde, Bob, Andy y Júpiter se agachaban tras un macizo de palmeras no lejos del número 47 del camino de San Roque. Se trataba de una casita con un descolorido letrero anunciando un taller de relojería. Parecía desierta en el triste atardecer, sin cortinas en las ventanas ni luces en su interior. Pero la calle no estaba desierta. Varios chicos aguardaban reunidos con gatos de paño debajo del brazo. Los aspirantes a vendedores hallábanse ansiosos ante la puerta de la casa cerrada con llave.

—La mayoría de esos gatos no coinciden con lo solicitado —observó Júpiter—. Todos pretenden cobrar veinticinco dólares por gatos que apenas valen diez.

—Sí, quieren algo por nada —intervino Andy—. Los feriantes sabemos eso.

Un pequeño coche azul se detuvo junto a la casa. Su conductor descendió y se apresuró hacia la puerta. Estaba demasiado lejos, y los chicos no pudieron verlo bien.

El hombre abrió la puerta principal y el grupo de ansiosos vendedores de gatos entró tras él. Andy se alzó entusiasmado.

—¿Qué hacemos ahora, Júpiter?

—¿Reconoces el coche azul, Andy? Éste miró hacia el distante

automóvil.

—No, Jupe; no creo haberlo visto antes. Los feriantes usan coches grandes para el arrastre de sus remolques.

—De acuerdo —aceptó Júpiter—. Tú y yo nos quedaremos aquí. Debemos ser cautelosos; si bien no creo que el ladrón sospeche que alguien lo vigila. De todos modos, si estoy en lo cierto y se trata de un feriante, te reconocería en seguida, Andy.

—¿Qué hago? —preguntó Bob—. ¡Demasiado lo sé!

—Exacto, Bob. Entrarás a vender tu gato. Ya sé que rehusará comprarlo, si mis deducciones son correctas, pero tú verás quién es, y quizás averigües qué hay de valioso en los felinos.

—De acuerdo, jefe.

Con el gato falso, Bob se alejó en bicicleta hasta llegar a la casita. Se detuvo ante la puerta y desmontó. Luego se unió al grupo de chicos.

En una habitación amueblada con sillas de raspado recto y una sola mesa alargada, un hombre casi oculto por la concurrencia examinaba los gatos.

—Lo siento, estos tres no me sirven —decía con voz ronca a dos muchachos—. Comprendido, sólo me interesa una cierta clase de ellos. No, ése tampoco. Lo siento. Mi anuncio decía claramente qué clase de gato deseaba.

El hombre alargó un brazo para coger rápidamente uno exacto al que Pete había ganado en la feria. Bob miró fijamente aquel brazo. Era el izquierdo y lucía un gran tatuaje, con un barco, claro e inconfundible.

—Esta es la clase de gato que necesito, hijo —y el hombre le entregó veinticinco dólares.

Bob no escuchaba. Si el hombre era un feriante, Andy sabría de aquel tatuaje. Alzó sus ojos en línea recta al rostro atezado del hombre del tatuaje.

—Tú, el del jersey rojo. ¿A ver tu gato?

Bob se acercó a la mesa. El hombre examinó el suyo, y luego se sonrió.

—Es una buena imitación. A mis chicos les gustará. Aquí tienes tu dinero, hijo.

Aturdido, Bob lo cogió sin saber qué sucedía en realidad. Miraba como hipnotizado al hombre. Por fortuna, éste se distrajo con otros

gatos. Bob retrocedió unos pasos.

En el suelo, junto a la mesa, había un montón de gatos de trapo. Uno era el suyo; dos semejaban ser el ganado por Pete, y otro era completamente distinto.

Los chicos empezaban a marcharse. Bob, indeciso, decidió quedarse.

—Necesito gatos que hagan juego con uno gigante que mis hijos tienen en casa —explicó el hombre—. Lo trajeron de Alemania.

Un jovencito a quien había rechazado el suyo, dijo:

—Yo sé quién tiene uno como el que usted quiere, señor. Mi amigo Billy Mota ganó un gato en la feria.

—¿Sí? —contestó el hombre tatuado—. Puede ser que no haya leído mi anuncio. Desgraciadamente, me marcho hoy.

—Vive cerca de mi casa, en Chelham Place, 39.

—Lo siento. Ya no hay tiempo, hijo.

Bob tuvo la impresión de que los oscuros ojos del hombre tatuado se habían clavado en él. Ya sólo quedaban en la estancia unos cuantos adolescentes, y Bob comprendió que resultaría sospechoso permanecer allí después de haber vendido su gato. Mientras el hombre compraba otro felino, aparentemente igual al de Pete, el Tercer Investigador se deslizó silencioso por la puerta. Pedaleó fuerte de regreso a las palmeras, donde Júpiter y Andy le aguardaban ansiosos.

—¡Estuviste mucho rato ahí dentro! —exclamó Andy.

—Quise averiguar lo que hay de valioso en esos gatos, pero no pude —explicó Bob—. De todos modos, vi al hombre. Andy, es bastante alto, moreno, y tiene un tatuaje grande con un barco en su brazo izquierdo. ¿Conoces algún hombre así en la feria?

—¿Un barco tatuado? —Andy frunció el ceño—. No, Bob. Algunos artistas llevan tatuajes marcados, pero no he visto ningún barco.

Júpiter se hallaba pensativo.

—Probablemente mantenga oculto su tatuaje en la feria. Aunque podría ser falso. Andy investigó su coche, y no halló ninguna pista. No obstante, tomamos la matrícula.

—Tengo algo más importante, Jupe —dijo Bob—. ¡Compró el gato!

Júpiter preguntó, incrédulo.

—¿Lo compró?

Bob mostró los veinticinco dólares.

—Compró cinco gatos. Tres se parecían a los de Andy, pero el nuestro y otro, no. ¿Qué tramará, Jupe?

—¿Crees que pudo reconocerte?

—¡Si no le he visto jamás!

—Puede ser que se trate del ladrón de anoche. En tal caso, si te reconoció, compraría gatos falsos para desorientarnos.

—¿Estás seguro de que adquirió tres como los míos? —preguntó Andy.

—Desde luego, si bien un chico le habló de que un amigo suyo había ganado un gato en la feria. Seguramente, se aprendería la dirección del chico, igual que yo. Billy Mota, y vive en Chelham Place, 39.

—Buen trabajo, Bob —alabó Júpiter—. Si los tres que compró no resultaron ser lo que desea, Irá por el cuarto. Nosotros también visitaremos a Billy Mota, pero antes hemos de ver qué hace con los gatos que tiene, y…

Andy le interrumpió:

—Me parece que sale el último chico.

Contemplaron cómo un muchacho solitario salía de la casa con un gato azul y blanco. El hombre apareció en la puerta, miró arriba y abajo de la tranquila calle, y luego regresó al interior.

—Vamos —susurró Júpiter.

Oscurecía por momentos mientras se acercaban a la casa. A través de la ventana de la sala observaron el interior.

—Ahí está —susurró Bob.

El atezado individuo se sentó a la mesa, donde había tres gatos gibosos, todos ellos iguales al que Pete perdiera. El hombre los examinó uno tras otro.

—Todos son gibosos —susurró Andy.

—¡Mirad el rincón! —dijo Júpiter.

En el suelo, detrás de la mesa, había dos gatos más, que no se parecían a los de Andy. Júpiter comentó:

—¡Aquellos los ha desechado! Sólo quiere tus gatos, Andy.

—¡Chisssssst! —demandó Bob.

Júpiter había elevado la voz al advertir que el hombre tatuado realmente perseguía los gatos de la feria. Éste se puso en pie con un

cuchillo largo y reluciente en la mano.

Capítulo 11

¡Encerrona!

Inmóviles y mudos, los chicos permanecieron junto a la ventana. De repente, el hombre rasgó un gato, luego otro, y, finalmente, el tercero. Se detuvo a observar el contenido de los mismos, y en seguida empezó a tirar el relleno de trapo al suelo. Lo hacia con frenética prisa, buscando, anhelante.

Poco después soltó el cuchillo y se dejó caer en la silla. Miraba furioso los restos de los tres gatos. Bob susurró:

—¡No encontró lo que busca!

—No —convino Júpiter—. Empero lo que sea está en el interior de los gatos, o de un solo gato. Luego las probabilidades de hallarlo se reducen al que falta. El que tiene Billy Mota. Si nos damos prisa, podemos llegar antes…

—¡Júpiter! —gritó Andy—. ¡Se marcha!

El hombre se había puesto en pie de un salto. Sus ojos miraban furiosos en derredor. Luego cogió su sombrero de una silla.

—No sé, Bob. Quizá si pedaleamos con todas nuestras energías tengamos tempo de… —se interrumpió para añadir—: Bueno, si no hay nadie en la casa cuando llegue el hombre tatuado.

—Es una posibilidad, Jupe —admitió Bob. Andy dijo:

—Debe de haber un teléfono público en alguna parte cerca de aquí, Jupe.

Este gimió.

—¡Oh, cómo no se me ha ocurrido antes!

De repente, oyeron pasos cautelosos en el exterior. La sangre se les heló de espanto. Bob se asomó a una ventana. Miró fuera y retrocedió.

—¡Es el hombre del tatuaje! ¡Regresa!

—¡La ventana! —susurró apremiante Andy.

—No hay tiempo, amigos —dijo Bob, asustado.

—¡Rápido, entonces, a la otra habitación! —ordenó Júpiter.

Era un cuarto pequeño totalmente vacío y a oscuras. Cerraron la puerta y contuvieron la respiración.

La puerta de la calle se abrió y volvió a cerrarse.

Siguió un largo silencio.

De súbito, una voz rasposa se rió junto a la puerta del cuarto vacío. Era una risa baja, desagradable.

—¡Vaya chicos listos! Tendré que reprimir vuestra curiosidad, aunque sólo sea por vuestro propio bien, amiguitos.

Los tres se miraron desalentados. Se oyó otra carcajada.

—Os creísteis fuera de visión en la ventana, ¿eh? En realidad se necesita ser mucho más listo para engañarme. ¡Vaya trío de mentecatos! Ni siquiera me habéis oído regresar. Bien, os sobrará tiempo para reflexionar sobre vuestra estupidez.

Captaron el roce de la llave que giraba en la cerradura del cuarto, y luego un ruido deslizante como si pusieran una barra de metal en la puerta.

—Bien, así os mantendréis quietos. ¡Pero aceptad mi consejo!, sabuesos. ¡Cuando salgáis, alejaos de mi!

No hubo risa esta vez. Oyeron pisadas que se alejaban y el portazo de la puerta de la calle. Un estado silencio se hizo en la casita.

—¡La ventana! —gritó Júpiter.

Tentó en la oscuridad, buscó para abrir los postigos exteriores… y se detuvo.

—¡La ventana tiene reja! —se lamentó—. Este cuarto debió ser el almacén del relojero que vivió aquí.

—¡Abre los postigos y grita! —sugirió Bob.

Las voces rebotaron en el cielo gris, sin que nadie acudiese. La casita se hallaba aislada. Andy, sentado en el suelo, observó la penumbra. De repente gritó:

—¡Mirad! ¡Hay otra puerta!

Jupe se abalanzó a ella. Pero estaba cerrada y era muy fuerte.

—Somos sus prisioneros, amigos. Ese hombre conseguirá el gato —gimió Andy.

—Puede ser que no —habló Júpiter—. Olvidaste mi nuevo invento. Pete verá la luz roja, y la aguja direccional le conducirá hasta nosotros.

El Primer Investigador sacó el diminuto instrumento y se inclinó sobre él.

—¡Auxilio! —gritó—. ¡Auxilio!

El pequeño ingenio empezó a zumbar muy quedo.

—Se ilumina sólo en el instrumento receptor —explicó Júpiter. Permanecieron atentos y en silencio, ansiosos de que Pete advirtiera la señal de socorro.

* * *

El emplazamiento de vigía de Pete sobre las vigas de la vieja montaña rusa, era azotado por el fuerte viento procedente de las montañas. Apenas divisaba ya las salidas del recinto ferial, debido al lúgubre atardecer.

Ninguna de las personas que se ausentaran había regresado, y la feria sería abierta al público una hora más tarde. ¿Dónde se encontraban? Y, ¿dónde se encontraban también sus amigos? Andy debía hallarse en la caseta de tiro antes de que abriese la feria. Tampoco era normal que Júpiter o Bob permanecieran tanto tiempo alejados sin enviar un recado. Pete se preocupó.

La costumbre de Júpiter de mantener sus planes secretos para sorprenderlos después, enojaba a Pete. Al Primer Investigador le gustaba dramatizar, aunque eso le había puesto en más de una ocasión en serios apuros. Pete se resistía a abandonar su puesto, pero sentíase intranquilo.

Descendió del maderamen y se apresuró entre las ruinas del parque de atracciones. La enorme boca de la Casa de la Risa parecía carcajearse de él cuando pasó junto a ella camino del boquete en la valla.

En la feria, las góndolas de la noria habían sido despojadas de sus cubiertas. El tiovivo dejaba oír su alegre música. Andy Carson no estaba en la caseta. Pete se mordió el labio inferior. ¿Dónde se hallarían? Supuso que Júpiter los habría conducido en busca del hombre que deseaba gatos tuertos y gibosos, pero ¿dónde? Un sexto sentido le hizo presentir que algo iba mal. Sí regresaban a la feria

esperarían encontrarlo en su puesto. Quizá necesitarían de inmediato su informe. Por otra parte, si precisaban ayuda… Pete recordó el nuevo aparato de señales de emergencia. Buscó en su bolsillo y sacó el diminuto instrumento. Lo miró en silencio. La luz roja permanecía apagada.

Capítulo 12

La mosca humana

Andy alzó la vista del suelo para mirar a Júpiter.

—¿Qué alcance tiene tu invento?

—Seis kilómetros —Júpiter se llevó las manos a la cabeza—. ¡Oh, la feria se halla a diez kilómetros! Pete no verá nuestra señal. Se miraron sobrecogidos.

—Alguien ha de oírnos gritar, amigos —dijo Bob, tratando de infundir optimismo.

—¡Claro que sí! —corroboró Júpiter—. Pero también podemos intentar una solución por nuestra cuenta. Para los expertos no existe una habitación sin posibilidades de evasión.

—Pero ¿cómo, Jupe? —preguntó Andy—. La hemos revisado ya.

—No importa. Hagámoslo otra vez —insistió Júpiter—. Bob, examina las paredes en busca de lugares débiles, como paso de tuberías, u otra cosa. Yo estudiaré la ventana y Andy comprobará de nuevo las puertas y aquel armario.

Sin ninguna confianza, Andy y Bob aceptaron la orden. Pronto llegaron a la conclusión de que no había camino por donde salir.

—¡No renunciéis, amigos! —apremió Júpiter—. Este cuarto ha de tener una falla.

El Primer Investigador continuó estudiando la ventana enrejada y de vez en cuando daba un fuerte grito de socorro. Bob, a gatas, examinaba las paredes. Andy se dirigió al único armario que había en la estancia.

—¡Jupe! ¡Bob! ¡Mirad aquí!

Andy les mostraba una hoja de papel mecanografiada que halló en el armario.

—Es un itinerario de la feria. Nuestra ruta completa a través de California.

—¡Entonces el hombre tatuado pertenece a la feria! —exclamó Júpiter.

—O sigue la feria muy de cerca —dijo Bob.

—Andy —preguntó Júpiter—, ¿reconociste su voz? No recuerdas el tatuaje ni su cara, pero ¿y su voz?

—No, estoy seguro de que jamás oí su voz.

Júpiter pensó unos segundos.

—Pudo alterarla también. ¿No advertisteis que era rasposa? Bob empezó a rebuscar en el largo y estrecho armario, en parte lleno de maderas y cajas.

De repente, se alzó con extrañas ropas en sus manos.

—¡Mirad lo que encontré!

Era un mono negro muy estrecho que debía ajustarse al cuerpo una especie de capucha negra para cubrir totalmente la cabeza, con una cobertura que dejaba visible el rostro; un par de zapatos de lona negra con suelas de goma en forma de tazas de succión curvada. Júpiter frunció el ceño.

—Parece un disfraz. No se me ocurre quién puede usarlo. ¿Y a ti, Andy? —Éste contemplaba las negras prendas con asombrada expresión—. ¿Qué dices, Andy? —insistió Júpiter. El feriante sacudió la cabeza.

—Ninguno de los nuestros lleva una ropa así. Pero… —el muchacho vaciló—. No puedo estar seguro, amigos míos, sin embargo, creo que se trata del disfraz que usaba Gabbo el Sorprendente.

—¿Quién es ése? —preguntó Bob, perplejo.

—Cuando yo era pequeño, después de la muerte de mi madre, y antes de que me fuese a vivir con mi abuela, mi padre trabajó una corta temporada en un circo, próximo a Chicago. Gabbo el Sorprendente también estuvo allí unos días. Lo recuerdo porque robó en el circo y lo despidieron. Después se puso en mayores apuros y fue a prisión.

—¿Se parecía al hombre tatuado, Andy? —preguntó Júpiter.

—No lo recuerdo. Tal vez tengan la misma edad. Es posible que ni mi padre sea capaz de reconocerle a simple vista. Creo que nunca lo vimos fuera de su traje.

—¿Y éste es su traje? —apremió Júpiter.

Andy asintió.

—Si, eso creo. Los zapatos son de una clase especial que emplean las «moscas humanas» en sus actuaciones. Ya sabéis que los usan para andar por las paredes.

Júpiter comentó:

—¡Una mosca humana!

—Si —dijo Andy— ese era el número de Gabbo.

Júpiter ya no escuchaba.

—El viejo que intentó robar el gato anoche se esfumó de aquel sitio sin salida. Sólo podía hacerse escalando la valla. Y nadie lo conseguiría, excepto un hombre adiestrado como la mosca humana.

—Y Gabbo sabe cómo manejar un león —añadió Andy.

—Bien, chicos —intervino Bob—. Pero tú, Andy, no has reconocido al hombre tatuado.

—El tatuaje podría ser otro disfraz, Tercero —señaló Júpiter—. ¡Hay que salir de aquí! Si consigue el quinto gato y huye, es posible que jamás podamos encontrarlo. ¡Gritad a todo pulmón, chicos!

Sus voces no hallaron respuesta.

* * *

Pete decidió pedalear con fuerza hasta el «Patio Salvaje». Estaría allí media hora antes de salir en busca de sus amigos. En el patio de los Jones halló a Konrad que acababa de descargar un camión.

—¿Ha visto a Bob o Júpiter, Konrad? —gritó Pete al bávaro gigante.

—Hace mucho rato que no los veo, Pete. ¿Ocurre algo?

—Pues no lo sé.

Konrad alzó un brazo en demanda de atención.

—¿No oyes un extraño ruido? Parece estar cerca de aquí. El bávaro miró en derredor, perplejo. Pete captó un sonido amortiguado y constante: ¡Beeeeeeeeeee! Sí, se producía muy cerca… ¡estaba en su bolsillo!

—¡La señal! —gritó sacando el diminuto instrumento. Contempló la reluciente luz roja del señalizador—. ¡Konrad, se hallan en apuros!

Pete explicó al bávaro cómo funcionaba aquel ingenio.

—¡Vamos, Pete! —rugió Konrad—. ¡Vamos en su busca!

El gigantón se introdujo de un salto en la cabina del camión y tiró del muchacho. Mientras el vehículo salía del «Patio Salvaje», el Segundo Investigador observaba el señalizador de la pequeña esfera.

—¡A la izquierda, Konrad! —ordenó. Y al llegar a la siguiente esquina—: ¡De nuevo a la izquierda, y en línea recta!

Konrad condujo sin vacilaciones guiado por el muchacho, que observaba la aguja de dirección de la esfera de su aparato. Era imposible mantener la línea recta del vuelo de un cuervo en aquel dédalo de callejuelas, pero la hábil dirección del joven detective salvó los inconvenientes.

—¡A la derecha, Konrad!

—¡Izquierda!

—¡Otra vez a la izquierda!

—¡Ahora a la derecha!

Y con matemática ejecución del arte de conducir, el bávaro llevó el camión hacia el lugar deseado.

—¡La señal se ha vuelto más potente ahora, Konrad! —gritó Pete.

Habían llegado a una tranquila calle, desierta y oscura Konrad aminoró la marcha. Pete observaba ambos lados de la silenciosa calle. Luego miró la flecha de dirección.

—A la derecha, Konrad. ¡Estamos cerquísima!

El bávaro, preocupado, dijo:

—No veo nada de particular, Pete.

—¡Pare! Hemos rebasado el lugar. El sonido ha disminuido.

Konrad pisó el freno, que chirrió, y dando marcha atrás condujo lentamente en la solitaria calle. Pete señaló una casa pequeña, algo separada de la línea de acera.

—Me parece que es aquí, Konrad.

Éste inmovilizó el camión, y descendió del vehículo.

—¡Vamos, Pete! ¡Los encontraremos! —gritó con su voz de león.

El gigante corrió por el sendero que llevaba a la casa.

Pete se apresuró tras él y llegó cuando Konrad golpeaba ya con fuerza la puerta.

—¡Está cerrada con llave! —dijo el bávaro—. Y no se oye a nadie. Pete observó la oscura y silenciosa morada. Konrad

retrocedió unos pasos dispuesto a embestir la puerta. El muchacho lo contuvo.

—Espere, Konrad. Antes averiguaré si están aquí. Inclinado sobre su diminuto aparato, gritó:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Instantáneamente, como un eco, llegaron gritos de la parte posterior de la casa.

—¡Socorro, Pete! ¡Aquí, atrás!

Los libertadores corrieron hacia la parte trasera del inmueble. Las grandes manos de Konrad rompieron en escasos segundos la puerta. Momentos después, Júpiter, Bob y Andy miraban sonrientes a sus amigos.

—Vimos nuestra luz roja y comprendimos que estabas cerca, Pete —exclamó Bob.

—Así imaginé que sucedería —comentó el segundo detective—. Esta señal funciona.

Un hombre viejo con cara de pocos amigos llegó hasta ellos procedente de la calle. Agitaba los brazos.

—¿Qué hacéis en mi casa? —gritó— ¡los demandaré judicialmente por destruir mi propiedad!

Bob avanzó hacia el viejo.

—Lamentamos lo ocurrido, señor; pero un individuo nos encerró en el interior. Gritamos y nadie nos oyó. Es un hombre con un tatuaje, muy moreno. Nos encerró en el cuarto de atrás. ¿Se trata de su Inquilino, señor?

—¿Que os ha encerrado un hombre tatuado? ¿Qué tonterías dices? —exclamó el anciano—. Yo alquilé esta mañana la casa a un señor muy respetable. Se trata de un vendedor y no mostraba tatuaje alguno. ¿Cómo iba a encerraros aquí? ¡Eso es ridículo! Bien, denunciaré el caso a la policía.

—Nos parece muy acertado, señor. La policía debe saberlo —convino Júpiter—. Le sugiero que lo haga en seguida, señor.

El hombre asintió confuso, y se alejó. Júpiter aguardó un momento, luego se encaminó al camión.

—¡De prisa, amigos! Aún podemos conseguir el último gato. Konrad, sube las «bicis» al camión, y llévanos al número 39 de Chelham Place. ¡De prisa!

Capítulo 13

Casi un fracaso

Konrad condujo el camión hasta una calle sombreada de árboles, flanqueada de casas grandes y antiguas. Los chicos no vieron el coche azul.

—Sabía que nunca lo alcanzaríamos, Primero —dijo Bob, decepcionado.

—Estuvisteis encerrados demasiado tiempo, Jupe —recordó Pete.

—Siempre cabe la posibilidad de que algo lo retenga —insistió el jefe—. Aquél debe ser el número 39, allí, al final. Era un edificio blanco de tres pisos rodeado de altos árboles y parterres. Aparecía envuelto por la oscuridad. Había un turismo aparcado en el camino, pero no era el pequeño de color azul. Cuando se aproximaron las luces se encendieron en el interior de la casa.

—Alguien acaba de entrar —observó Júpiter.

Konrad aminoró la marcha de su camión. Repentinamente, los gritos de una mujer quebraron la penumbra.

—¡Ladrón! ¡Deténganlo! ¡Policía!

Konrad frenó en seco y abrió la puerta del vehículo antes de que éste se parase.

—¡El hombre tatuado debe de estar allí dentro! —gritó Pete.

—¡Acción, muchachos! —ordenó Júpiter.

Todos saltaron a tierra. Konrad les precedía. Éste les indicó por señas que retrocedieran.

—Yo me cuidaré de él, muchachos. Quedaos detrás de mí.

Corrieron hacia la casa, donde la mujer seguía gritando. Pete se detuvo y señaló a lo alto entre los árboles, a una pared del

inmueble.

—¡Mirad! —gritó.

Entonces vieron una figura en la penumbra que descendía veloz por la pared. Lo hacía sin utilizar puntos de sujeción. Al fin saltó al suelo en un haz de luz procedente de la ventana del piso bajo. ¡El hombre moreno, tatuado, llevaba un gran bulto negro y rojo!

—¡Es él! —exclamó sorprendido Bob—. ¡Ha conseguido el gato! Andy gritó, furioso:

—¡Detente, ladrón!



El hombre giró la cabeza al oír el grito de Andy. Vio a los chicos y a Konrad, y se perdió veloz detrás del edificio, entre los árboles. El bávaro, resoplando como un toro, inició la persecución.

—¡Voy por él, chicos! —vociferó.

Pero el hombre tatuado era más ágil que Konrad y los muchachos, y desapareció en la calle mientras ellos aún andaban entre los árboles. Pete fue el primero en alcanzar la calle. Todos vieron el pequeño coche azul que se alejaba a gran velocidad.

—¡Lo teníamos, y lo perdimos! —gimió Pete.

—Y se llevó mi último gato —se lamentó Andy.

—Pero sabemos su número de matrícula —recordó Bob—. La policía podrá localizarla.

—Eso precisaría de algún tiempo, Tercero —respondió alicaído Júpiter—. Veamos si con las prisas dejó alguna pista en el piso. ¡Vamos, chicos!

En la casa blanca, una hermosa mujer les aguardaba de pie en los peldaños laterales, con un niño a su lado. Sus ojos mostraban el susto pasado al mirar recelosos a los muchachos y a Konrad.

—¿Conocen ustedes a ese terrible hombre? —preguntó.

—Ciertamente, señora —declaró Júpiter—. Es un desdichado ladrón que intentamos detener. Le seguimos la pista hasta su domicilio, pero llegamos con retraso.

La mujer acusó perplejidad.

—¿Tratáis de coger a un criminal como ése? ¡Pero si sois unos críos!

Júpiter frunció el ceño. El Primer Investigador sentíase molesto con los mayores, empeñados en considerarlos «sólo críos», aún no dotados de inteligencia, y, por ende, faltos de importancia.

—Es verdad, señora —contestó—. Somos unos críos. Empero tenemos experiencia en resolver enigmas y crímenes. Supongo que usted es la señora Mota.

—Sí —repuso ésta, alarmada—. ¿Cómo es posible que sepas mi nombre?

—Sabíamos que el hombre venía aquí —explicó Júpiter.

Desgraciadamente no pudimos llegar antes. En realidad, no esperábamos encontrarle ya. Supongo que usted también acaba de llegar.

—Sí —admitió la señora Mota—. Estuvimos ausentes.

Regresamos hará unos cinco minutos. Billy fue directamente a su dormitorio, y lo oí gritar.

El niño, de unos diez años, explicó:

—Estaba en los escalones del tercer piso. Saltó sobre mi y me arrebató mi gato tuerto.

—Claro, tú te habías llevado el gato. No pudo encontrarlo y esperó.

—Después de arrebatar el gato a Billy —habló la señora Mota—, descendió la escalera, pero al verme retrocedió al tercer piso. Entonces empecé a gritar en demanda de auxilio.

Pete intervino:

—¡Y salió por la ventana del tercer piso y descendió por la pared!

—¡Como una mosca humana! —corroboró Bob.

—Billy —preguntó Júpiter—, ¿hallaste algo en ese gato giboso?

—No —contestó el niño—, nunca busqué nada en él.

Los chicos se miraron desalentados. El último gato estaba en poder del hombre tatuado.

—¡Consiguió lo que quería! —comentó Bob—. ¡Ya nunca lo encontraremos!

—Nos queda el número de la matrícula de su coche —recordó Pete.

—Eso necesita tiempo, Segundo —volvió a decir Júpiter—. Tendría que preguntarse en Sacramento.

Konrad, silencioso todo el rato, se acercó al Primer Investigador.

—Conviene avisar a la policía, Júpiter.

Éste protestó:

—¡Konrad, cuando la…!

El bávaro sacudió la cabeza.

—Llama a la policía. Tu tío opinaría lo mismo. No sólo ha robado a esta señora, sino que, además, allanó la casa. Ese hombre es peligroso. Ya es hora de que intervenga la ley. Bob estuvo de acuerdo.

—Hemos fracasado, Jupe.

—Hablemos con el señor Reynolds, Primero —propuso Pete. Júpiter suspiró.

—Ojalá tengáis razón. ¿Podemos usar su teléfono, señora Mota?

—¡Claro que podéis!

Entraron en la casa. Júpiter llamó por teléfono al jefe de policía, señor Reynolds. Este creía cualquier cosa que los muchachos denunciasen. Júpiter colgó.

—Estará aquí en un momento, y… —se interrumpió y volviéndose a Andy apremió—: Telefonea a tu padre, y que averigüe si falta alguien en la feria.

—¿Y por qué ha de faltar? —Andy frunció el ceño—. ¡Cominos, Jupe, ya te dije que nunca he visto a ese hombre en la feria!

—Estuvimos de acuerdo en que probablemente usa un disfraz —insistió Júpiter—. Su rostro moderno puede ser una máscara, y un tatuaje es fácil ocultarlo.

—Bueno, como quieras —accedió Andy—. Sólo que mi padre se halla muy ocupado antes de empezar la función, y, además, es imposible saber quién está o no allí.

—Inténtalo —apremió Bob.

Andy marcó un número. Escuchó un rato mientras el teléfono sonaba una y otra vez.

—No está en la oficina. Llamaré a la centralita.

De repente oyeron coches patrulla que patinaban al frenar en el exterior. Konrad sintióse aliviado. El propio jefe Reynolds entró a pasos largos en la casa con alguno de sus hombres. Los muchachos explicaron rápidamente lo ocurrido.

—Buen trabajo, chicos —dijo el jefe—. Con tu descripción y el número de matrícula podremos cazar al ladrón. Ahora bien, ¿tenéis idea de lo que busca en esos gatos?

—No, señor —admitió Bob.

—Pero ha de ser muy valioso, si juzgamos por el trabajo que se toma —intervino Pete—. Jupe opina que pueda tratarse de contrabando.

El jefe Reynolds asintió.

—Quizás esté en lo cierto. Ordenaré a mis hombres que permanezcan alertados por si hay algún artículo de valor en el interior del gato. También pediré información a la patrulla de fronteras sobre los contrabandistas.

El jefe se apresuró a reunirse con el resto de sus hombres. Andy Carson aún intentaba ponerse en comunicación con su padre. Júpiter, desilusionado por haber tenido que recurrir al jefe de policía, incluso antes de saber si los gatos eran interesantes, miraba

nervioso a Andy.

—Ya estaríamos en la feria —se quejó el Primer Investigador—. Bueno, quizá tampoco haya regresado él —y añadió esperanzado—: Sigue intentándolo, Andy.

Éste asintió y marcó de nuevo.

El jefe Reynolds volvió a entrar en la casa. Caminaba de prisa y mostraba un semblante grave cuando se dirigió a los muchachos.

—¡Chicos, habéis tropezado con algo mucho más importante de lo que imaginasteis! Acabo de recibir informes sobre un hombre que responde a la descripción de vuestro ladrón de gatos, con tatuaje y todo, sospechoso de haber atracado en un banco la semana pasada. ¡Escapó con más de 100 000 dólares!

Júpiter preguntó rápidamente:

—¿En San Mateo, señor?

—¿Qué? —el jefe Reynolds miró a Júpiter—. ¿Cómo supiste eso?

—¡El incendio de la feria, señor, cuando estaba en San Mateo! Sin duda el ladrón de gatos trabaja en la feria. Debió prender fuego después del robo, para escapar de sospechas.

—Tu teoría no es consistente, Júpiter —objetó el jefe.

—La coincidencia es demasiada, señor Reynolds —insistió Júpiter—. Si va usted a la feria…

Andy gritó:

—¡He localizado a papá!

Todos enmudecieron para oír cómo el muchacho hablaba animadamente por el teléfono, y esperaron impacientes que el padre de Andy comprobase quiénes estaban en la feria. El jefe de policía salió de la habitación a requerimiento de uno de sus hombres. Minutos después, Andy asentía con la cabeza ante el auricular.

—Si, papá. ¡Lo siento! Pero, dime: ¿falta alguien?… ¿No? Conforme… Si, papá. En seguida.

Andy colgó.

—Todos están allí, Júpiter. Por lo menos ahora están, excepto yo. La feria ha abierto ya sus puertas al público. Tengo que irme en seguida. No me queda tiempo ni para cenar.

Bob y Pete saltaron a una como si hubieran sido movidos mediante un resorte, reflejando en sus rostros desolación.

—¡Oh! —gimió Pete—. ¡Nos hemos perdido la cena!

—¡A eso lo llamo yo catástrofe, Jupe! —exclamó Bob.

Júpiter tragó saliva, y Konrad se rió al suponer lo que tía Mathilda diría a su sobrino. Los chicos sabían cuánto se enojaban sus familias si faltaban a una comida, sin que sirviera de excusa cualquier aprieto debido a su trabajo de investigación. Pero el Primer Investigador se resistía a marcharse antes de que el jefe Reynolds les contase algo más. Así, pues, se quedaron allí, nerviosos, hasta que regresó el jefe de policía.

—No es preciso que vayamos a la feria, muchachos —anunció—. Acabamos de encontrar el coche muy cerca de aquí. En su interior han hallado un gato despanzurrado. También se han descubierto huellas de neumáticos en la hierba, y eso hace suponer que huyó en otro vehículo. Hemos alertado a toda la policía del Estado. Sin duda ha conseguido lo que buscaba. Bien, ahora será mejor que os vayáis a casa. Lo detendremos, aunque necesitaremos tiempo.

Los muchachos asintieron, defraudados. Corrieron hasta el camión de Konrad, más preocupados porque llegarían tarde a sus respectivos hogares, que por la pérdida del ladrón de gatos.

Capítulo 14

Júpiter saca conclusiones

Por la pérdida de sus respectivas cenas, tanto Bob como Pete se pasaron el día siguiente realizando labores diversas en sus domicilios. Conscientes de su culpabilidad, trabajaron sin refunfuñar. No obstante, pensaban en el fracaso sufrido, y en si el hombre había sido detenido.

Llamaron a Júpiter por teléfono, pero el Primer Investigador no se hallaba en el Puesto de Mando ni en su hogar. A la hora de cenar, el padre de Bob, sonriente, dijo:

—El señor Reynolds afirma que estuvisteis a punto de capturar a un ladrón de bancos.

—Ignorábamos que era un ladrón de bancos, papá —explicó Bob —. Sencillamente ayudábamos a un chico de la feria que se hallaba en apuros.

—Es bueno ayudar a la gente, Bob. Ya sé que sois cautelosos. El jefe de policía me ha dicho que no hicisteis nada censurable ni peligroso. Pero aun así, me preocupáis. Al menos permaneced siempre con los ojos muy abiertos y utilizad la cabeza, hijo.

—Según Júpiter, estar alerta es media partida ganada.

—Júpiter tiene razón —afirmó el señor Andrews—. Lástima que vuestro hombre escapase. El señor Reynolds pasó aviso a todo el Estado, pero no lo han capturado aún.

La noticia no alegró a Bob. Mientras pedaleaba hacia el «Patio Salvaje» después de cenar, pensaba en que éste podía ser el primer caso no solucionado por los Tres Investigadores.

Júpiter se hallaba en el Puesto de Mando inclinado sobre un montón de periódicos.

—¿Qué haces, jefe? —preguntó Bob.

El Primer Investigador sacudió la cabeza brevemente para indicar que no quería hablar. Decepcionado, Bob examinó algunas muestras marinas que ellos mismos habían recogido practicando el buceo. Luego se encaminó al «Todolové» y se puso a observar el patio de chatarras, ya en penumbra.

—Parece que el tío Titus ha vuelto a comprar otra partida de esas cosas aparentemente inservibles.

Júpiter suspendió la lectura, y permaneció sumido en profunda reflexión, cerrados los ojos. Bob volvió a mirar por el «Todolové».

—¡Pete a la vista! —gritó.

El Segundo Investigador no tardó en aparecer por la trampilla. Miró al silencioso Júpiter y preguntó a Bob:

—¿Qué hace Jupe?

—No me lo preguntes. ¡El Gran Cerebro está funcionando!

—¿Para qué tanto periódico? ¿Es que piensa en hallar al hombre tatuado poniendo otro anuncio?

Júpiter alzó la cabeza.

—No es preciso, Segundo. Creo saber dónde se halla el hombre tatuado.

—¿De veras, Jupe? —gritó Bob—. ¿Dónde?

—Donde ha estado siempre. Aquí, en Rocky Beach. En la feria.

Pete gimió.

—¡Porras, Jupe! El señor Reynolds tenía razón; eso está por demostrarse. Lo han visto en seis lugares distintos, y nunca en la feria.

—Siete, para ser exactos —precisó Júpiter.

—Bien, pero ahora el ladrón estará muy lejos de aquí —opinó Bob.

—Al contrario, mi buen amigo —respondió Júpiter—. Me he leído los informes sobre él en la prensa, y me atrevería a afirmar que las siete personas que lo vieron en siete lugares distintos, no lo vieron.

Bob movió la cabeza.

—Puede admitirse eso, Jupe. Pero ¿por qué de tu seguridad en cuanto a que se encuentra en Rocky Beach, y en la feria?

Júpiter se puso en pie y empezó a pasear por el reducido cuarto.

—He leído cuanto se ha publicado sobre el robo del banco. Son

tres artículos: dos en el periódico de San Mateo y uno en el de Los Ángeles. También hice una excursión por San Mateo, mientras vosotros purgabais la cena olvidada.

—¿Y tú no has trabajado? ¡Eso es injusto! También te saltaste la cena —protestó Pete.

—«Tuve» que trabajar —Júpiter se sonrió—. Supe que podría adquirirse chatarra en San Mateo, y tío Titus me envió por ella en compañía de Hans y de Konrad.

Pete suspiró.

—Algunas personas son afortunadas. Yo nunca me salvo de trabajar en la casa.

—¿Qué supiste del robo, Jupe? —inquirió Bob.

—Bien —el rostro del jefe mostró emoción—. Ocurrió la misma noche del viernes en que se incendió la feria. Los viernes el banco de San Mateo no cierra hasta las seis. Los depósitos de fines de semana son cuantiosos. La feria ese día también abre más temprano que de costumbre. Camaradas, aquel viernes era el último día de la feria en San Mateo. Debían salir de allí aquella misma noche, viajar hasta aquí, y abrir el sábado por la noche.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. Una ocasión ideal para un miembro de la feria, dispuesto a robar en un banco y huir de prisa.

—Exacto, Segundo —dijo Júpiter—. El ladrón del banco vestía totalmente de negro, llevaba capucha ajustada y zapatos negros de tenis.

—¡El vestido de Gabbo! —exclamó Bob. Júpiter asintió.

—Sólo que los «brazos» del ladrón estaban al descubierto. Todos los testigos estuvieron de acuerdo. El ladrón se había subido las mangas.

—Y por eso vieron el tatuaje —comprendió Bob.

—Así es —afirmó Júpiter—. El ladrón penetró en el banco a las seis menos cinco, inutilizó al guardián y bajó al sótano, aún abierto, donde estaba el dinero. Utilizó al guardián como rehén hasta que hubo salido, desapareciendo por una calleja tras el banco. Sonó la alarma en cuanto abandonó el lugar, y un coche de policía llegó a los escasos minutos.

—Pero consiguió huir, ¿verdad, Jupe? —preguntó Pete.

—Huyó, si bien se ignora cómo. La policía acordonó el callejón minutos después y no lo encontraron, pese a que no tenía salida. El

callejón está flanqueado por edificios con altas ventanas, herméticamente cerradas.

—Eso mismo ocurrió cuando perseguimos al hombre del mostacho —recordó Bob.

—¡Escaló una pared! —afirmó Pete—. ¡La mosca humana!

—Eso creo —admitió Júpiter—. La policía de San Mateo paró la alarma y buscó al ladrón. No encontraron huellas al principio, pero luego tuvieron algo de suerte. Un agente de servicio en las inmediaciones de la feria, avisado ya de lo sucedido, intervino en un accidente acaecido entre la gente que aguardaba entrar en la feria. Debido a los empujones, un hombre que se cubría con impermeable fue derribado. El impermeable se entreabrió y el policía advirtió un ajustado traje negro, y observó también un tatuaje en uno de sus brazos.

—¡Sopla! ¡Vaya suerte! —se entusiasmó Pete.

—Sí —corroboró el Primer Investigador—. Muchos crímenes se resuelven debido a pequeños detalles. De todos modos, el hombre se escabulló entre el gentío. El policía pidió ayuda, y junto con otro penetró en la feria, después que fuera acordonada la zona. Creyeron poder coger al fugitivo, pero…

—¡Lo sé! —interrumpió Bob—. ¡Estalló el incendio!

—Así fue. Ante el nuevo peligro, la policía desistió para dedicarse a extinguir el fuego. Luego continuaron la búsqueda, sin resultado positivo. No obstante, yo creo que el ladrón estaba allí.

—¿Por qué, Jupe? —preguntó Bob.

—El ladrón había huido y estaba a salvo. Luego su único problema radicaba en salir de San Mateo sin ser visto. Abandonar la feria hubiera sido una solemne tontería, si, como suponemos, se trata de un artista que había planeado el robo y su fuga, utilizando la feria. Todo indica que su plan consistió en robar el banco, escalar una pared del callejón, deslizarse de nuevo a la feria y desembarazarse de su disfraz. Como veis, un plan sencillo y muy seguro.

—Y su localización fue accidental —comentó Bob—. Pero eso le hizo perder tiempo para despojarse del disfraz, y entonces provocó el fuego para distraer a todos. Bueno, una idea parecida a la de soltar a «Rajah». Pete preguntó:

—¿Quieres decir que la vestimenta usada en San Mateo y

cuando lo vimos nosotros, era el mismo disfraz?

—Lo afirmo —declaró Júpiter con cierta pomposidad—. En el banco, y en la casita donde compraba los gatos gibosos, llevaba teñida de oscuro la cara, o bien una máscara de plástico, el pelo también oscurecido, y quizá cambiada la nariz. El tatuaje, por supuesto, era falso.

Pete exclamó:

—¡Un tatuaje es algo que todo el mundo recuerda!

Bob añadió:

—La gente no recordará otra cosa después de haberlo visto. A nosotros nos ocurrió lo mismo.

—Y él se aseguró de que todos vieran el tatuaje —corroboró Júpiter—. De ser auténtico, hubiera sido una estupidez mostrarlo. Para mí, se trata de un hombre corriente, más bien joven, no moreno y sin tatuaje. También sospecho que sea Gabbo el Sorprendente. Sólo un artista de primera clase podría engañar al señor Carson.

—Pero no hay mosca humana en el espectáculo, Jupe —recordó Pete.

—No es preciso que trabaje en su especialidad. Estos artistas saben hacer varias cosas.

—Y según Andy, el señor Carson no conoce bien a Gabbo —dijo Bob.

—Exacto —asintió Júpiter—. Andy afirmó que su padre sólo reconocería a Gabbo si lo examinase con ese propósito. Ahora bien, Gabbo ha estado en prisión varios años. Y si como dice Andy rara vez lo han visto sin su indumentaria de trabajo, el señor Carson jamás lo reconocería. Cada profesional tiene su propio automóvil-vivienda, donde se cambia de ropa, y eso facilita, de proponérselo, que sólo lo vean en traje de actuar.

—Y, ¿qué buscaba en los gatos gibosos, Jupe? —preguntó Pete —. ¿No sería el dinero robado?

—No, Pete. Imposible guardarlo allí. Más bien se trata de un resguardo para encontrar los 100 000 dólares, o algo que necesita para recuperarlos. Un pequeño mapa, una llave, una señal que lo identifique, un talón de consigna.

—Y eso lo ocultarla en uno de los gatos durante el incendio de San Mateo, por si lo registraban —supuso Pete.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¡Eso lo explicaría todo!

—Pero si ya tiene lo que buscaba en el gato, ¿por qué no se ha marchado a recuperar su botín, en vez de quedarse aquí, como se imagina el jefe de policía?

—No, Bob —explicó Júpiter—. De momento está más seguro en la feria, o al menos así lo piensa, pues ignora que se sospecha de su calidad de miembro del espectáculo. En cambio, sabe que la policía lo busca, y que si abandona la feria llamarla la atención. No, su única alternativa es estarse quieto hasta que la feria abandone Rocky Beach, o cierre.

—En tal caso —dijo Pete—, no provocará más incidentes, a fin de no delatarse.

—Seguro —afirmó Júpiter—. Ya no habrá más accidentes. Bien, la feria abrirá sus puertas en cualquier momento, y es hora de dar caza al ladrón. Nos llevaremos nuestros señalizadores por si los necesitamos. Vamos, camaradas.

Salieron por el Túnel Dos, y en bicicleta se dirigieron a la feria. Era anochecido y el aire de la montaña soplaba con fuerza. Aparcaron las bicicletas cerca del recinto ferial y se unieron a los primeros clientes que desfilaban, ya en número considerable, hacia el interior. Repentinamente oyeron gritos. La gente empezó a correr hacia la feria.

—¡Algo ha sucedido! —gritó Pete. Júpiter corrió también.

—¡Puede ser otro accidente!

Capítulo 15

¡El ladrón da otro golpe!

Se abrieron paso a empellones entre el gentío y vieron el tiovivo inclinado hacia el suelo. El señor Carson gritaba órdenes a sus empleados.

Los chicos encontraron a Andy sumido en triste desesperación.

—¿Qué ha ocurrido, Andy? —preguntó Pete.

—Lo ignoro, Pete —contestó con temblorosa voz—. Giraba dispuesto para el primer viaje cuando el motor comenzó a sacar humo, se inclinó y se desmoronó. Se han roto tres caballitos.

Los mozos trabajaban ardorosamente con palancas para subir de nuevo el tiovivo a su nivel, o bien componer los caballitos destrozados. El señor Carson intentaba reparar el humeante motor. Se puso en pie para secarse la frente, y un grupo de enfurecidos artistas lo rodearon.

—¿Cuántos accidentes más hemos de sufrir, señor Carson? —preguntó Khan.

—¡Su equipo no se halla en condiciones! —gritó el Gran Iván—. ¡Estamos nerviosos!

—El equipo es bueno —afirmó el señor Carson—. Lo saben.

El payaso alto y triste dijo:

—Los tiovivos no se estropean fácilmente. Sería mejor suspender esta malhadada exhibición.

—Sí, la desgracia nos persigue —intervino el come fuegos—. Quizá la escapatoria de «Rajah» fuera el tercer accidente, y ahora comience otra serie de tres.

Los artistas se hallaban alterados.

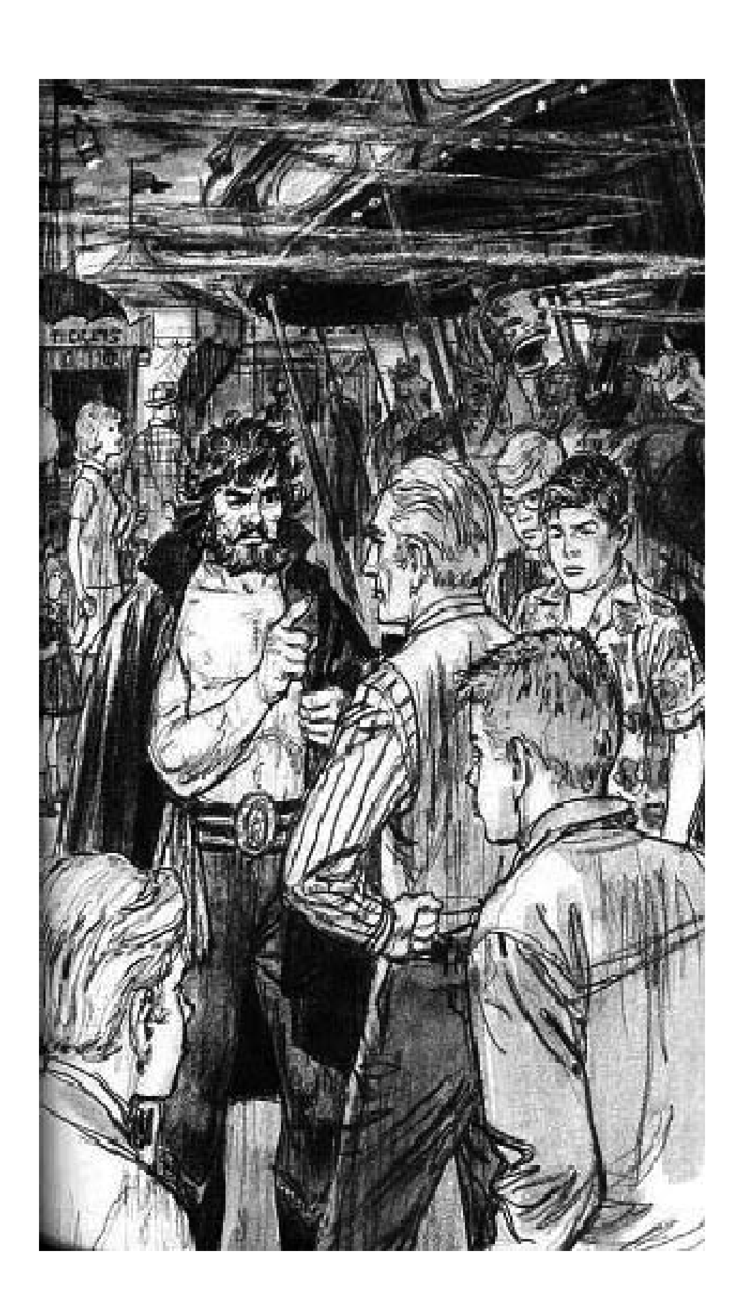
—Tenemos que cerrar, señor Carson —exclamó el equilibrista.

—¡Ahora mismo! —propuso el payaso alto.

—¿Se atreverá a continuar, señor Carson? —inquirió Khan—. ¿Cómo va a pagarnos sin tiovivo?

El señor Carson, en pie, los miraba desalentado. El ayudante que trabajaba en el motor con él, alzó la cabeza y le habló en un susurro. Entonces el dueño de la feria se encaró a los artistas con una repentina sonrisa:

—El carrusel será reparado y puesto en marcha en media hora —anunció—. No ha sido nada serio. Sólo se ha quemado un cojinete ¡Ahora sigamos con las demás atracciones!



Aliviados de su nerviosismo, se fueron a sus tiendas y casetas. Khan fue el último en retirarse.

—La exhibición es peligrosa, Carson —dijo el forzudo—. Son demasiados errores y accidentes. Le aconsejo que cierre.

Khan se alejó a pasos largos. El señor Carson lo siguió con la mirada, y luego se volvió a los chicos.

Evidentemente, estaba preocupado. Su futuro, el futuro de Andy, era la feria.

—¿Trabajarán, papá? —preguntó Andy.

—Los artistas de feria olvidan pronto las dificultades. Trabajarán si no sufrimos más accidentes.

—¿Funcionará el tiovivo? —insistió Andy, esperanzado.

—Sí, hijo. No es eso lo que me preocupa. Mi ayudante cree que el cojinete fue alterado adrede, y que hay tornillos aflojados.

—¿Sospecha que hubo sabotaje, señor Carson? —preguntó Bob.

—Si, muchachos. Bien, os ruego me excuséis. Es cierto que alguien intenta arruinar mi feria.

Júpiter habló:

—¡Quizá no, señor! En realidad se trata de un ladrón de bancos.

—¿Un ladrón de bancos? —repitió perplejo el señor Carson—. ¿Os referís al robo perpetrado en San Mateo?

—Exactamente, señor —afirmó Júpiter—. Opino que el ladrón trabaja aquí.

El señor Carson se enojó.

—¡Eso es ridículo, hijo! Vino la policía y no encontró a nadie.

—Fue él quien provocó el incendio en San Mateo, señor. Así ganó tiempo para desprenderse del disfraz y ocultar algo en un gato. ¿Comprende ahora por qué buscaba los premios?

—No, Júpiter; ninguno de mis empleados se parece al hombre descrito por la policía de San Mateo. Nadie lleva tatuajes de barcos.

Pete intervino.

—Júpiter supone que el tatuaje es parte del disfraz, y, aquí, en la feria, no lo utiliza.

El señor Carson los miró, perplejo.

—Pudiera ser, pero… ¿quién podría…?

Júpiter lo interrumpió.

—Creemos saber quién es, señor. Por la técnica que emplea en sus escapatorias, por las ropas que hallamos y lo que Andy nos

contó, sospechamos de Gabbo el Sorprendente.

—¿Gabbo? —El señor Carson adquirió una expresión extraña mientras estudiaba a los muchachos.

—Si, señor —continuó Júpiter—. Andy supone que usted no lo reconocería. Creo, no obstante, que si usted…

—No, Júpiter —atajó el señor Carson—. Vuestra lógica deductiva es excelente. Pero debo deciros que cuando la policía me habló de la escapatoria del ladrón por el callejón sin salida recordé a Gabbo y sus antecedentes criminales. Pensé que podría ocultarse dentro de la feria y que yo no lo reconocería, a menos que supiese de su presencia aquí. Por eso, tuve especial empeño en buscarlo, y lo hice. Estudié a todos mis artistas, incluso en traje de calle.

Júpiter tartamudeó:

—¿De veras.., de veras lo hizo, señor?

—Sí, Júpiter —se ratificó amablemente el señor Carson—. Ninguno de ellos me recuerda a Gabbo. La mayoría son demasiado viejos. Además, si el ladrón estuviese entre nosotros, explicaría el incendio y la escapatoria de «Rajah», pero no la pérdida de nuestros ponies, ni el accidente del tiovivo.

Júpiter sintióse desorientado.

—En realidad —dijo—, lo del tiovivo no encaja.

El señor Carson comentó:

—Más bien me inclino a creer que alguien se ha propuesto arruinar mi negocio. No me extrañaría que fuese la abuela de Andy. Sin embargo, admito que el hombre interesado en los gatos sea el ladrón, aunque para mi se trata de un forastero a quien no volveremos a ver, ya que ha logrado cuanto deseaba. Y él, desde luego, carece de motivos para estropear el tiovivo.

—Quizá tenga usted razón, señor Carson —admitió Pete.

—Bien, muchachos, pero aun siendo así, mantened los ojos abiertos por si descubrís quién provoca estos accidentes. Yo voy a reanudar mi trabajo. Vosotros sois libres de ir por donde queráis. Tened cuidado.

—Lo tendremos, papá —prometió Andy.

El señor Carson sonrió a los muchachos y luego reanudó la reparación del tiovivo. Los chicos miraron a Júpiter, que se mordía el labio inferior.

—Creía a pies juntillas en mi teoría —comentó el Primer

Investigador.

—Y, no obstante, el señor Carson tiene razón, Jupe —razonó Pete—. El ladrón no encaja en el sabotaje al tiovivo.

—Ha tenido tiempo de alejarse ya de aquí cientos de kilómetros —añadió Andy.

—Quizá —convino Júpiter—. Pero supongamos que no, camaradas. Supongamos que sigue aquí. Hay dos posibles motivos para que estropeara el tiovivo. Pudo hacerlo para provocar el cierre de la feria y marcharse sin ser advertido ni despertar sospechas.

—¿Y no resulta demasiado precipitado, Jupe? —preguntó Andy—. En su lugar yo esperaría a que todo se normalizase.

—De acuerdo —aceptó Júpiter—. ¿Pero y si aún no ha encontrado lo que busca en los gatos? ¿Estás seguro de que sólo tenías cinco gatos, Andy?

—Seguro, eran cinco cuando nos instalamos aquí.

El Primer Investigador pareció hablar para sí mismo.

—Me gustaría saber si lo que busca no pudo desprenderse del gato, o si ni siquiera se hallaba en ninguno de ellos. En tal caso, lo que sea, aún está en el remolque de los premios —se volvió a Andy—. ¿Sigue tu remolque junto al barracón?

—Naturalmente. Ya sabes que lo tengo allí para vigilarlo.

—Ahora no lo vigilas —exclamó Júpiter—. Estás aquí porque el tiovivo sufrió un accidente.

—¿Crees que ha vuelto a distraernos? —preguntó Pete.

—¿Por qué no? Le fue bien dos veces. Los daños causados en la atracción son de menor cuantía y no es descabellado suponer que si alguien hubiera querido cerrar la feria, habría provocado un mal irreparable. ¡De prisa, amigos, vayamos al remolque de Andy!

Caminaron presurosos, pero con naturalidad, hacia el barracón de tiro. La multitud lo invadía ya todo, y los muchachos se acercaron cautelosos a su objetivo. Al llegar a la zona oscura, tras el barracón, vieron esparcidos por el suelo muñecas, juguetes y otros pequeños premios.

—¡Lo asaltaron! —susurró Andy.

—¡Mirad! —señaló Bob.

Una sombra se alejaba por el lado opuesto del remolque. Era un hombre que corría en la noche hacía el boquete en la valla del parque de atracciones abandonado.

—¡Persigámoslo! —ordenó Júpiter.

Capítulo 16

Persecución nocturna

—¡Allá! —dijo Pete quedamente—. Está cruzando la cerca.

—Que no nos vea —recomendó Júpiter.

Se deslizaron por la valla uno detrás de otro, y se agazaparon en la oscuridad del silencioso parque de atracciones. Las montañas rusas se elevaban por encima de ellos a la luz de la luna creciente. Un fuerte aire soplaba en dirección al mar y hacia que los viejos maderos crujieran.

—No lo veo —dijo Bob.

—Esperad —musitó Júpiter—. Escuchad.

Guardaron silencio mientras agudizaban oídos y ojos. La alegre música del tiovivo ya reparado, debía de oírse a kilómetros de distancia. Nada se movía en la oscuridad del abandonado parque. A la izquierda oyeron el continuado rumor del agua en el Túnel del Amor. También se oían escurridizos sonidos que sólo podían ser ratas. Ningún ruido más en el sobrecogedor silencio.

—No estará muy lejos —dijo Júpiter—. Nos dividiremos en parejas, Pete y yo iremos hacia la derecha rodeando las montañas rusas. Y Bob y Andy hacia la izquierda.

—¿Crees que se oculta por ahí el ladrón, Jupe? —preguntó Andy.

—Sí. Sospecho que no encontró lo que busca en los gatos y ahora intenta en el remolque. Si por casualidad lo hubiese hallado, entonces será peligroso. No queráis detenerlo; seguidlo.

Todos asintieron, y Bob y Andy desaparecieron hacia la izquierda en dirección al Túnel del Amor y el océano. Júpiter y Pete anduvieron cautelosos entre las montañas rusas y la riente boca de

la Casa de la Risa.

La noche hacía que las atracciones abandonadas parecieran un paisaje lunar. Repentinamente, el Segundo Investigador se agachó.

—¡Jupe! Oigo algo —susurró.

En la oscuridad, bajo los maderos de las montañas rusas, procedente de alguna parte detrás de ellos, captaron pequeños sonidos. Eran como suaves roces de pesadas botas sobre maderas sin pulir. Luego se transformó en rápidos pasos que huían.

—¡Lo veo! —murmuró Pete—. Se encamina a la Casa de la Risa.

—¿Puedes identificarlo?

—¡No! ¡Ha entrado en la casa! —Vamos, Pete. Quizás haya otra salida.

Silenciosos, se apresuraron por la zona iluminada hacia la abierta boca de la Casa de la Risa. Ya en el interior escucharon. Se encontraban en un pasillo cuyo fondo era un pozo de negrura. De vez en cuando un rayo de plata selenita se filtraba por el deteriorado techo de la construcción para clavarse luminoso en la oscuridad.

—Hay que seguir en línea recta —susurró Pete. Un agudo y rechinante sonido estalló delante de los dos investigadores. El ruido volvió a repetirse, pero esta vez terminó en un golpe seco sobre madera.

Pete y Júpiter se miraron inquietos, y avanzaron cautelosos. Al fin descubrieron una puerta cerrada delante de ellos.

—Cuidado cuando la abras… —empezó Júpiter. Pero no terminó su advertencia, pues con repentino crujido el piso cedió y resbalaron de espaldas por un suelo inclinado cual improvisado tobogán. En vano intentaron sujetarse. Agitando piernas y brazos siguieron adelante en su descenso hasta chocar violentamente contra el suelo.

—¡Rábanos y grillos! —gritó Pete.

Sentados, contemplaron desalentados cómo el piso que se hundiera tan de repente, volvía a su sitio, convirtiéndose en techo del oscuro agujero donde se hallaban.

—¡Todo el piso cedió! —exclamó Pete—. Es como un balancín que cuando alguien lo pisa se convierte en tobogán.

—Se trata de una de las sorpresas de la Casa de la Risa —aclaró Júpiter—. El ladrón caería lo mismo que nosotros. Pero ¿dónde

está?

—Sólo hay un camino —dijo Pete.

Delante de ellos vieron una abertura estrecha y redonda como un tubo. No había otra salida.

—¡Cuidado! —aconsejó Júpiter—. Puede ser otra trampa. Se arrastraron por el estrecho túnel. Era corto y salieron a una sala. La luz se filtraba por las anchas grietas del techo. ¡Pero no era el techo lo que tenían encima de ellos, sino el piso!

—¡Juuuuuupe! —consiguió pronunciar Pete.

Parecía que estaba al revés en la penumbra de la plateada habitación. El suelo, con sus sillas, mesas y alfombra, se hallaba sobre sus cabezas. Del revés, flotaban pinturas delante de sus atónitos ojos. Júpiter susurró:

—Otra broma, Pete. Probablemente usaban efectos de luz para causar mayor impresión, cuando funcionaba el parque.

—¿Seguro que no estamos del revés? —preguntó Pete.

—¡Por favor, Segundo! —contestó Júpiter—. Hay otro túnel que conduce fuera de aquí. En marcha.

El nuevo túnel era mucho mayor. Tan pronto se introdujeron en él, empezó a balancearse. Los muchachos comprendieron que se hallaban en un cilindro giratorio. Pero éste sólo se balanceaba debido al desuso y a la herrumbre.

—Escucha advirtió Júpiter.

Oyeron un ruido amortiguado, como si alguien caminase con suma cautela.

—Allí —susurró Pete, y luego enmudeció.

Se encontraban en un cuarto más largo y ancho que el anterior. El techo, lamentablemente deteriorado, brillaba a la luz de la luna. Sombras pavorosas se movían. Sin embargo, no fueron éstas las que atragantaron a Pete. Júpiter miró espantado.

¡Una extraña forma se movía cerca de la pared! La monstruosa aparición, alta, horriblemente delgada, de enorme cabeza hinchada y brazos tan largos y delgados como tentáculos, miraba fijamente a los muchachos. Todo su fantasmal cuerpo parecía flotar y moverse a la luz del astro nocturno cual serpiente gigante y humana.

—¿Qué… qué… qué es? —tartamudeó Pete, acercándose a Júpiter.

El Primer Investigador consiguió decir:

—No sé… yo…

Luego se rió nerviosamente.

—¡Son espejos, Pete! Estamos en la sala loca de los espejos. Somos nosotros mismos en espejos curvos.

—¡Espejos! —gimió Pete—. ¿Y los pasos que oigo?

—Yo no… —empezó Júpiter.

—¡Oh, no! ¿Es aquello un espejo? —Pete hablaba quejumbroso —. ¡Tengo el estómago en un calcetín!

Delante de ellos, fuera de los espejos, una sombra agachada en la penumbra parecía observarlos y escuchar. Los muchachos distinguieron sus anchos hombros, el tórax desnudo, el revuelto pelo y su barba negra.

—¡Khan! —Pete gritó más de lo deseado. El forzudo respondió:

—¡Sal fuera!

Júpiter cogió de un brazo a Pete.

—No puede vernos. Khan rugió:

—¡Sé dónde estás!

—¡Mira! —susurró Pete—. ¡Allí hay una puerta!

Se deslizaron entre los espejos, y salieron a un estrecho corredor sin techo. A unos tres metros de se bifurcaba en dos. Detrás oyeron una exclamación cuando Khan descubrió la puerta.

—¡El de la izquierda, Jupe, es el camino de salida! —Apremió Pete.

Ambos investigadores corrieron veloces por los pasillos que se abrían cada tres metros aproximadamente siempre hacia la izquierda. Khan los perseguía dándose contra las paredes. Los chicos se hallaron ante una puerta, arremetieron contra ella y salieron ¡a la sala de los espejos!

—¡Esto es un laberinto! —comprendió Júpiter, desanimado—. Otra de las diversiones de la Casa de la Risa. Hemos avanzado en círculo.

—¡Khan nos alcanza! —gimió Pete. Júpiter se mordió el labio.

—Probemos de nuevo. Si el pasillo de la izquierda nos trajo aquí, averigüemos dónde va el de la derecha.

Volvieron a salir por la misma puerta y caminaron por los pasillos de la derecha. Durante un rato oyeron a Khan cómo les seguía la pista. Luego sus ruidos se amortiguaron. Al fin vieron una puerta de doble hoja y se precipitaron a ella. Salieron al aire libre,

entre la Casa de la Risa y la entrada al Túnel del Amor.

—¡Acertamos, Jupe!, dijo Pete.

—Eso creo —aceptó Júpiter—. Ahora buscaremos al señor Carson y le diremos que Khan…

Un repentino crujido de madera alarmó a los dos amigos. La figura maciza de Khan apareció en una pared de la Casa de la Risa. ¡Sus ojos brillaban como si fueran los de una fiera acorralada!

Capítulo 17

Una sombra negra

Júpiter y Pete se acuclillaron en las sombras, conteniendo el aliento mientras Khan escuchaba desde el lugar en que se derruyera la pared de la Casa de la Risa.

—No nos ha visto aún —susurró Júpiter, con la voz entrecortada —, pero pronto nos verá.

—No podemos ir hacia la valla —sugirió Pete—. Está entre nosotros y ella. Pero si no salimos de aquí, nos oirá y…

Júpiter susurró:

—¡El Túnel del Amor! Arrástrate, Pete.

La puerta de esta atracción se hallaba cerrada. Ambos se deslizaron en la sombra de la alta montaña rusa. El agua brillaba cual plomo negro en el canal que desaparecía en el edificio cubierto de la atracción abandonada. Los muchachos se arrastraban al interior sin ser vistos por Khan.

—No oigo que nos siga —dijo Pete.

—No nos vio —contestó Júpiter—. Pronto se decidirá a buscarnos. Sabe que estamos cerca de él, y que lo vimos. Necesitamos hallar otra salida.

Caminaron precavidos por el borde del canal destinado a paseo en barca. Más hacia el interior, el pasillo, de madera, se estrechaba, húmedo y resbaladizo. Sin duda, era sólo una salida de emergencia y de acceso a las instalaciones de sorpresa y sustos para quienes se introducían en el túnel. En el canal sólo hallaron un viejo bote de remos atado a una argolla.

—Jupe, noto aire —dijo Pete—. Debe de haber una abertura.

—Cerca del océano, Segundo. Khan podría saberlo.

Oyeron un crujido de madera en alguna parte delante de ellos. El ruido se repitió como si alguien anduviera cauteloso entre ellos y la abertura.

—¡Maldición de sapo! ¡Trata de cortarnos la salida! —exclamó Pete.

—No te muevas —aconsejó nervioso Júpiter.

Se quedaron agazapados en el estrecho paso resbaladizo. En un tramo iluminado a través del techo vieron moverse algo.

—¡Se acerca! —susurró Pete.

—¡Retrocedamos! ¡De prisa! —apremió Júpiter.

La fantasmal figura volvió a moverse y los muchachos captaron el inequívoco chasquido de una pistola al quitársele el seguro. Pete tocó a Júpiter.

—Primero —musitó—, si retrocedemos nos verá a la luz de la luna. Y entonces no errará el tiro.

—¡El bote! —decidió Júpiter desesperado.

El viejo bote de remos estaba sujeto junto a ellos. Una pesada lona cubría la proa. Con mucho tiento para no hacer ruido se deslizaron debajo de la lona. Se quedaron inmóviles en la oscuridad, intentaron contener la respiración.

Transcurrieron unos minutos antes de que percibieran lentos y cercanos pasos. Era inconfundible el suave crujido de suelas de goma sobre la madera. Luego fue un sonido metálico, como si el arma del hombre hubiera dado contra la pared.

No oyeron nada más. El silencio se transformó en pesada losa de exasperante duda.

El bote se balanceaba en la maloliente agua del estrecho canal, y chocaba en el arrimadero de troncos.

Otra vez el invisible perseguidor se puso en movimiento y sus suelas de goma crujieron muy cerca de las cabezas juveniles. El bote aumentó su balanceo, como si lo hubieran tocado. Luego el vaivén decreció.

Debajo de la lona los chicos aguardaban sin mover un solo músculo. Pasados unos minutos, dejaron de percibir los zapatos encima de ellos. Sólo quedó el constante ruido del agua contra la barca.

—¡Se ha ido! —susurró Pete.

Júpiter no contestó. Pete miró a su compañero y vio en la

penumbra que el Primer Investigador parecía hallarse con sus pensamientos a kilómetros de distancia.

—Pete —habló al fin el recio muchacho—, hemos de regresar a la feria. Creo haber solucionado el enigma.

—¿Quieres decir que Khan lo resolvió al intentar cazar?

—Sí, en cierto modo —concedió Júpiter, aún pensativo—. Sé dónde encontrar lo que busca el ladrón.

—¿Supone eso que él aún no lo ha conseguido?

—No, aún no lo tiene.

El bote dio un violento giro acompañado de una sacudida, y pareció saltar violentamente sobre el agua. Júpiter y Pete escucharon atentos.

Pete rompió la espera.

—Jupe, sucede algo extraño. El bote se balancea demasiado y no roza la madera. ¿Qué ha pasado?, ¡quitemos la lona! Juntos apartaron la pesada lona e intentaron ponerse en pie. El viento azotó los rostros, y la embarcación se bamboleó con tanta violencia que cayeron hacia atrás. Pete miró en derredor.

—¡Estamos en pleno océano! —gritó.



La oscura sombra del parque de atracciones abandonado se hallaba lejos y las luces de la feria disminuían rápidamente. Júpiter miró la cuerda del bote.

—¡Fue cortada, Pete! El túnel sale directamente al océano y el ladrón lo sabía. Sólo tuvo que empujar la embarcación, que se precipitó a la deriva.

—Con bajamar la corriente es impetuosa —observó Pete—. ¡Nos alejamos de prisa!

—Entonces procuremos regresar pronto.

Pete sacudió la cabeza.

—Este bote carece de remos, de motor y de velas. ¡No podernos regresar!

—¡Hemos de intentarlo, aunque sea a nado! —gritó Júpiter.

El fornido muchacho se zambulló sin pronunciar palabra. Pete lo siguió, y ambos lucharon por alcanzar la playa. Pero la corriente era demasiado fuerte.

—¡No lo conseguiré! —gritó dificultosamente Júpiter.

Pete, mejor nadador que su jefe, tampoco pudo remontar la corriente.

—¡Nunca lo conseguiremos! ¡Regresemos a la embarcación!

Nadaron a favor de la corriente y, al fin, gradualmente alcanzaron el bote a la deriva. Jadeantes, se tendieron en su interior.

Tras breve descanso, Júpiter se incorporó.

—¡El señalizador! —gritó—. ¡Bob captará nuestra señal!

Júpiter se sacó de un bolsillo el pequeño instrumento y habló apremiante. Luego lo miró con desaliento.

—¡No funciona, Pete! El agua lo ha estropeado.

Sus gritos de auxilio fueron ahogados por el viento. Estaban demasiado alejados de tierra para ser oídos, y ninguna embarcación navegaba por allí. Las luces de la playa eran puntos distantes, y el bote, juguete de las olas que rompían en la borda.

—¡Achiquemos agua, Jupe! —ordenó Pete—. Esas dos latas nos servirán.

Júpiter, pálido, murmuró.

—¡Hemos de regresar, Pete!

—No contra la corriente. El viento sopla de la playa y nos lo impedirá. ¡Si al menos tuviésemos remos o velas! Pete observó a su

amigo. El recio muchacho había dejado de achicar y miraba en línea recta. Luego alzó una mano para señalar un punto delante de ellos.

—¿Qué es aquello tan grande y negro, Pete? Este se giró. A la luz de la luna, no lejos del balanceante bote, vio una enorme sombra negra surgida del océano.

Capítulo 18

¡Abandonados!

Bob y Andy dieron la vuelta por el lado opuesto de las montañas rusas y regresaron al lugar de partida, sin encontrar a sus amigos.

—Andy, algo va mal —dijo Bob—. Debíamos cruzarnos con ellos, o bien hallarlos aquí.

—¡Mira! —exclamó Andy, señalando un agujero en la pared de la Casa de la Risa—. Es nuevo, Bob; estoy seguro.

Los muchachos escudriñaron las cercanías en la tenebrosa luz del parque de atracciones. Bob llamó:

—¡Pete! ¡Jupe!

—¡Alguien viene! —anunció Andy.

Oyeron correr por la parte exterior del parque de atracciones, y dos hombres aparecieron por el agujero de la valla.

—Es tu padre —dijo Bob. El señor Carson llegó hasta ellos.

—¿Estáis bien, muchachos?

—Si —contestó Bob—. Pero no encontramos a nuestros amigos.

Andy añadió:

—Perseguimos a un hombre que penetró en mi remolque. ¡Pete y Júpiter han desaparecido, papá!

El señor Carson frunció el ceño.

—Entonces, Khan tenía razón.

El forzudo se hallaba junto al señor Carson, con sus pesadas botas brillando a la luz del astro nocturno.

—Vi que alguien registraba el remolque, Andy —explicó Khan —. Lo perseguí hasta aquí, pero lo perdí en la Casa de la Risa.

Bob preguntó:

—¿Vio usted a Pete o a Jupe?

—No, muchachos. No los vi.

—Bien, mantened la calma —aconsejó el señor Carson—. Andy, ve a reclutar a una partida de mozos con linternas. Khan, Bob y yo rastrearemos entretanto el parque.

Andy partió a toda velocidad y Bob siguió al señor Carson y a Khan. No encontraron rastro de Pete ni de Júpiter. Andy regresó con un grupo de hombres, portadores de potentes linternas. El señor Carson y Khan se fueron con los empleados. Bob y Andy tuvieron que esperar fuera.

—Andy —preguntó Bob—. Khan dice que persiguió a un hombre. Si lo hizo, ¿por qué nosotros no vimos dos hombres?

—Lo ignoro, Bob.

—¡Porque no hay dos hombres!, ¡nosotros perseguíamos a Khan!

—¿Sospechas que Khan sea el ladrón?

Bob asintió.

—Júpiter recelaba de él. Ni siquiera se sabe su verdadero nombre. Ha estado vigilándonos. Ha intentado convencer a tu padre para que cerrara el espectáculo. Y ahora debe de tener cogidos a Jupe y a Pete y trata de desorientarnos. ¡Busquemos a tu padre, de prisa!

Se precipitaron a la Casa de la Risa, donde los haces luminosos de las linternas recorrían grietas y paredes podridas. El señor Carson salió enjugándose el sudor.

—No están, muchachos —dijo—. Pero los encontraremos.

—No creo que los encuentre, señor —respondió acalorado Bob—. ¡Khan intenta engañarnos! Él es el ladrón, y sabe dónde se hallan.

—¿Khan? —exclamó, severo el rostro, el señor Carson—. ¡Eso es una grave acusación, Bob! ¿Qué pruebas tienes?

—Estoy seguro de que fue él quien registró el remolque de Andy. Era el hombre que perseguíamos. Sin duda tiene en su poder a nuestros amigos y ahora intenta alejarnos de ellos. ¡Quiere desorientarnos!

El señor Carson respondió:

—Eso no es exactamente una prueba, Bob; olvidas que Khan es el encargado de la seguridad de la feria. Tiene derecho a investigar y vigilar. Pero es raro que las historias no coincidan. Bien, que Khan amplíe detalles.

El señor Carson entró de nuevo en la Casa de la Risa. Los chicos aguardaron nerviosos.

El señor Carson regresó diez minutos después. Mostraba un rostro sombrío.

—Khan no está en la Casa de la Risa. Dijo a los mozos que debía regresar a la feria. Vamos, muchachos.

Empero no hallaron a Khan ni en su tienda ni en su automóvil-vivienda. Nadie lo había visto en parte alguna, ni tampoco a Pete y a Jupe.

—Bien —dijo el señor Carson—. Será mejor que avisemos a la policía.

* * *

En pleno océano, donde la gigantesca sombra negra se alzaba delante del inquieto bote, Pete gritó:

—¡Es la isla de Anapamu! La más pequeña de las islas del Canal y la más próxima a la playa ¡Intentemos alcanzarla!

—No será fácil evitarla, Pete —indicó Júpiter—. Vamos directamente a ella.

Se sujetaron a la borda de la vacilante embarcación. A medida que la pequeña isla emergía más cercana, empezaron a chocar con árboles, raíces y rocas.

—La playa está al otro lado. —Pete señaló hacia la izquierda—. Pero hay rocas, Jupe.

Y sin pensárselo dos veces, se deslizó por la roca y nadando vigorosamente con los pies hizo que el bote pasara por delante de las rocas a las tranquilas aguas de la playa protegida. Júpiter saltó al agua y juntos sacaron el bote a la arena.

—Lo logramos —jadeó Pete.

—Sí, logramos llegar a una isla desierta —gruñó Júpiter—. ¿Cómo saldremos de aquí, Pete?, ¡tenemos que regresar y detener al ladrón!

—¡Rayos, Jupe! Esto es sólo una pequeña isla sin otra cosa que rocas, árboles y un refugio. ¡Imposible abandonarla antes de mañana! De día vienen algunas barcas.

—Mañana será demasiado tarde —insistió Júpiter—. Bien, veamos ese refugio.

Pete lo condujo hasta una cabaña con un pequeño cobertizo. La cabaña contenía una rústica mesa, algunas sillas y literas, una pequeña cocina y algunos vivares. En el cobertizo hallaron dos mástiles, dos pescantes, un timón, rollos de cuerda, tablas, clavos y herramientas: eso era todo.

—No hay radio, Jupe —dijo Pete—. Estamos condenados a permanecer aquí hasta mañana, si vienen barcas o alguien nos busca.

Júpiter no contestó, hasta después que hubo examinado el contenido del cobertizo.

—Pete, ¿podríamos regresar en el bote si tuviéramos una vela?

—Quizá, con la ayuda de un mástil y un timón.

—Tenemos un mástil y un timón, y la lona del bote servirá de vela.

Pete dudó.

—Esos mástiles son demasiado grandes, Jupe, aun cuando lográsemos instalar uno en el bote.

—¿Qué quieres decir?

—Un mástil precisa de un armazón de soporte en la embarcación, capaz de fijarlo firmemente.

—¿Y los pescantes? Son más pequeños. ¿No podríamos fijar uno?

Pete reflexionó.

—Si, lo conseguiríamos agujereando uno de los asientos. En el cobertizo hay una sierra y una hachuela, y tablas que nos servirían para sujetarlo en el fondo del bote… ¡Oh, no, lo olvidé! ¡No podemos hacerlo!

—¿Por qué no?

Pete respondió desanimado:

—El bote no tiene quilla, ni tabla central o laterales. El viento lo inclinaría y aun cuando no naufragáramos, sin quilla no podríamos navegar en línea recta.

Júpiter sentóse vencido. Sus ojos permanecieron clavados largo rato en los dos mástiles.

—Pete, ¿flotarían los mástiles?

—Supongo que si. ¿Quieres ir a casa en mástil?

Júpiter se desentendió de la broma de Pete.

—¿Qué pasaría si clavásemos dos tablas largas a los mástiles y a

las bordas del bote?

—¡Genial, amigo! —gritó Pete—. No será perfecto, pero tampoco hemos de recorrer una larga travesía. Así, la embarcación se mantendrá a flote, pese al viento.

—¡Aprisa, pues, Segundo! Hemos de regresar de inmediato.

Capítulo 19

Extraña visión

Dos horas después de que Bob explicase sus sospechas al señor Reynolds, la policía no había hallado rastro de Júpiter y Pete, ni tampoco de Khan. El jefe de policía paseaba frenético frente a la entrada principal de la feria. Dentro, la gente se divertía, ignorante del drama que les rodeaba. El señor Carson, Bob y Andy esperaban intranquilos.

—¿Estáis convencidos de que Khan es el ladrón, Bob? —preguntó el señor Reynolds.

—¡Si, señor!

—Bueno, yo también empezaba a sospechar que realmente hubiese huido de Rocky Beach. Muchos creen haberlo visto y yo dudo de que sea cierto.

—Jupe opinaba como usted.

—Júpiter es un muchacho inteligente —reconoció el jefe de policía.

—También cree que el ladrón aún no ha conseguido lo que busca en los gatos gibosos —se animó Bob—. Y Khan buscaba en el remolque de Andy. Eso prueba que es el ladrón.

—Tal vez, muchachos, tal vez —reconoció el jefe.

—Khan es un hombre extraño. Siempre se mantenía alejado de nosotros —dijo el señor Carson—. Nunca se hizo amigo de nadie.

—Bueno, ya lo encontraremos —prometió el señor Reynolds. La policía y los mozos de la feria se habían desplegado por toda la zona, en una acción masiva de rastreo. Coches, camiones, el viejo parque de atracciones, playas, calles y edificios cercanos a la feria, fueron registrados a fondo, sin que hallasen pista alguna de los

muchachos ni de Khan.

—Estoy preocupado —admitió el señor Reynolds—. Es como si se hubiesen evaporado. Pero no cejaremos. Creo que en ese viejo parque está la clave, y he ordenado a mis hombres que vuelvan a registrarlo.

De pronto oyeron gritos más allá del parque de atracciones.

—¡Son mis hombres! —exclamó el jefe de policía—. ¡Han encontrado algo! ¡Seguidme!

El señor Carson y los muchachos corrieron detrás del jefe de policía, cruzando el agujero de la alta valla. En el borde del oscuro océano vieron a un grupo de policías y mozos.

—¿Hallaron a los chicos? —preguntó a sus hombres el señor Reynolds.

—No, jefe —contestó uno de los agentes—. Pero sí al ladrón.

Dos policías empujaron a Khan hacia delante. El forzudo se los sacudió de encima y exclamó rabioso:

—¿Qué demonios significa esto?

Los músculos del hombre brillaban a la potente luz de la linterna.

—Díganos qué hace usted aquí, Khan —preguntó el dueño de la feria.

—Eso es asunto mío, Carson.

Bob no pudo contenerse.

—¡Es el ladrón! ¡Hágale decir qué ha hecho con Júpiter y Pete!

—¿Ladrón yo? —rugió Khan—. ¡Yo no soy el ladrón, estúpido! ¡Yo lo perseguía! ¡Ya lo dije!

—¿Y qué ha hecho durante las últimas tres horas? —quiso saber el jefe de policía.

—Regresé aquí para buscar al ladrón por mi cuenta. Tuve un presentimiento y…

—Está mintiendo —gritó Bob—. ¡Apostaría a que incluso su barba es falsa!

El señor Reynolds estiró el brazo y le alcanzó la barba. Khan se apartó y la negra mata de palo se quedó en la mano del jefe.

—Bien —dijo Khan—. ¡Naturalmente que es falsa!

El forzudo continuó quitándose las patillas y el despeinado peluquín, revelándose como un joven de pelo fino muy recortado.

—Todos llevamos disfraces en la feria —continuó—. ¿Qué es un

forzudo sin una poderosa barba?

—Pero nunca se quitó la barba y la peluca —recordó el señor Carson—. Cuando lo contraté nos hizo creer que ése era su aspecto verdadero, incluso a la policía de San Mateo.

Khan agitó su manaza.

—Ya sabe por qué, Garson. Estoy acostumbrado a trabajar en espectáculos de más categoría que el suyo. No quería ser reconocido.

—¡Hasta dudo de que sea nuestro forzudo! —gritó Andy—. ¿No será Gabbo, papá?

—No —respondió el señor Carson, mirándolo detenidamente—. No es Gabbo.

—¡Pero miente! —acusó Bob, fuera de sí.

Khan se enfrentó a todos, amenazador, abultando los músculos.

—¿Sí, chico? Entonces…

Khan desvió sus pupilas hacia el mar.

—¿Qué…?

—¡Jefe! ¡Vea! —gritó el policía.

Todos miraron hacia el océano. En el agua iluminada por la luna, había una extraña embarcación con Pete y Júpiter a bordo, agitando los brazos.

—¡Son ellos! —exclamó Bob.

—¡Pete, Jupe! —llamó Andy.

Los dos detectives vararon su singular embarcación y corrieron a unirse con sus amigos.

En cuestión de minutos contaron su odisea en el océano y en la isla.

—¿Regresasteis en «eso»? —preguntó incrédulo el jefe de policía.

—Pete es un marino excelente —replicó Júpiter—, y teníamos que hacerlo de algún modo. Bien, creo saber dónde hallar lo que el ladrón busca.

—Ya tenemos al ladrón, Jupe —dijo Bob—. Es Khan, como tú sospechabas.

Júpiter miró al forzudo, rodeado de policías.

—No —dijo—. Khan no es el ladrón.

Khan gimió.

—¡Ya lo dije!

—Pero sí un impostor, Júpiter —acusó el señor Carson—, y registró el remolque de Andy. Tú mismo lo viste.

—No, señor; no creo que fuera él —respondió Jupe, cortés, pero firme—. Cuando Pete y yo nos encontrábamos debajo de la lona en el bote, comprendí que había dos hombres, y que Khan perseguía al verdadero ladrón. En la Casa de la Risa creyó que nosotros éramos su presa.

—¿Cómo deduces eso, Júpiter? —preguntó el jefe de policía.

—No se ocultó al descubrirnos —dijo Júpiter—. Así actúa un perseguidor, y no uno que huye. El verdadero ladrón hubiera intentado pasar inadvertido.

El jefe asintió dubitativo.

—Bueno, pero tú no puedes…

—Si, puedo —intervino Júpiter—. Khan iba desnudo hasta la cintura cuando lo vimos y llevaba puestos únicamente esos pantalones ajustados. Sus manos estaban vacías. Era imposible que ocultase un revólver o una navaja, y el hombre que nos dejó a la deriva tenía pistola y navaja.

—El chico es más listo que cualquiera de ustedes —declaró Khan.

—Finalmente —añadió Júpiter—, desde el bote oímos claramente el sonido de zapatos con suela de goma; todos pueden ver que Khan usa pesadas botas.

Khan se rió.

—Les dije que todo estaba claro.

—Señor Khan, yo no diría eso —respondió Júpiter—. Sin duda, usted es un impostor, y pretende algo. Su presencia en la feria está relacionada con un fin desconocido. Espero que el señor Reynolds lo averigüe, sin formular las preguntas adecuadas.

El Primer Investigador miraba con fría sonrisa al forzudo.

—Bien, muchacho. Has dado en el clavo —reconoció Khan—. Sí, estoy aquí con fines secretos. Soy un forzudo auténtico, pero me retiré hace unos años para convertirme en detective privado. Mi verdadero nombre es Paul Harney. La abuela de Andy me contrató para vigilarlo. Ella está convencida de que la vida de la feria perjudica al muchacho.

—¿Fue usted quien provocó los accidentes? —exigió el señor Carson.

—No. Cuando empezaron me preocupé. Intenté persuadir a usted que cerrase la feria por temor a que los accidentes pusieran en peligro a Andy.

—¿Protegía usted a Andy? —le preguntó el dueño de la feria.

—Sí, Carson. Ése era mi trabajo.

Júpiter frunció el ceño.

—Muy encomiable, señor Khan, o Harney; pero ésa no es toda la verdad. Registró el remolque al sospechar que el ladrón había ocultado algo en él. Entonces no protegía a Andy.

Khan guardó silencio unos segundos; luego movió la cabeza y dijo:

—Tienes razón, muchacho. Después que la policía nos interrogó en San Mateo, tuve el presentimiento de que el ladrón pertenecía a la feria. Soy detective, y mi reputación hubiese ganado muchos puntos con la detención del sujeto. Por eso comencé a investigar. El robo del gato de Andy me hizo sospechar que el ladrón había ocultado algo en los gatos gibosos, pero nadie de la feria encaja con la descripción del criminal. Supongo que ahora ya tendrá lo que perseguía.

—¡Cominos! —exclamó Andy—. Tal vez se desprendería del gato.

Todos movieron la cabeza preocupados, excepto Júpiter.

—Al contrario, muchachos —declaró el Primer Investigador—. Lo que el ladrón quería «estaba» en el interior de un gato giboso, y creo que aún se encuentra en el interior de un felino.

Capítulo 20

Júpiter deduce una respuesta

—Pero, Júpiter —protestó Andy—. Yo sólo tenía cinco gatos gibosos, y el ladrón los encontró todos.

—No. Andy; tenías seis —declaró Júpiter, triunfante—. Cinco los entregaste aquí, pero tenías un sexto gato… y todos los vimos.

Pete abrió la boca.

—¿Los vimos?

—¿Dónde, Jupe? —quiso saber Bob.

—Lo tuvimos ante nuestras propias narices la primera noche —aclaró en tono dramático Júpiter—. Y por eso lo pasamos por alto. ¿Recordáis nuestra visita al coche-vivienda de Andy, cuando éste nos enseñó su gato roto? Andy gritó:

—¡Mis premios rotos! ¡En mi cesto de trabajo! ¡Allí hay un gato giboso! ¡Se quemó en el incendio de San Mateo!

—Efectivamente, se quemó en el barracón de tiro la noche del incendio —aclaró Júpiter—. Pero antes el ladrón ocultó lo que fuera en aquel gato. Luego Andy lo apartó para repararlo, y el ladrón lo ignoraba. Mientras navegaba en la barca llegué a la conclusión de que si el ladrón deseaba mantenernos alejados, se debía a que aún «no» tenía lo que ansiaba. Entonces sospeché la existencia de un sexto gato… y recordé el cesto de trabajo de Andy.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. No se nos había ocurrido a ninguno.

—¡Ni a mí, que poseía el gato! —reconoció Andy.

—Tampoco el ladrón pensó en eso, muchachos —dijo el jefe de policía—. Estupendo trabajo, Júpiter Jones. Estoy orgulloso de tenerte como ayudante juvenil.

Júpiter se sonrió complacido.

—Bien, señor; todo es pura lógica. Yo…

Se interrumpió y alzó la cabeza atento. Miró en derredor suyo, y gritó:

—¡Jefe! ¡Alguien huye de aquí!

Todos oyeron pasos precipitados hacia la valla del parque de atracciones.

—¿Quién corre? —preguntó el jefe de policía.

—Lo ignoro, señor —informó un agente.

—Uno de los que estábamos aquí reunidos, diría yo —aventuró un mozo—. Pero no sé quién pueda ser.

—¿Alguien advirtió la presencia de un extraño? —preguntó el señor Carson.

Nadie contestó.

Bob preguntó también:

—¿Dónde está Khan?

¡El forzudo había desaparecido!

—¡De prisa! —gritó Júpiter—. ¡Quien sea, conoce ya la existencia de un sexto gato! ¡Aprisa, jefe!

Todos abandonaron corriendo el parque de atracciones a través del boquete de la valla. Ante la mirada atónita de los asistentes a la feria, comenzó una dramática búsqueda. Andy penetró en el interior del remolque adosado a su automóvil, y no tardó en aparecer.

—¡El gato ha desaparecido! ¡Lo consiguió!

El señor Reynolds ordenó:

—¡Bloqueen todas las salidas!

—¡Registren todo el parque! —gritó el señor Carson a los suyos. La policía y mozos entraron en acción.

—Ha conseguido el gato —declaró el jefe—, pero no saldrá de aquí.

Estamos demasiado cerca de él.

—Jefe —preguntó Pete—. ¿Podría ser Khan?

—¿Es que mintió todo el rato? —quiso saber Carson.

—Lo ignoro. Es un hablador resbaladizo —contestó el jefe.

—Quizá sea cierto que lo contrató mi abuela —aventuró Andy —. Pero también puede ser ladrón de bancos.

—No sería el primer detective privado que se desvía —concedió el señor Reynolds—. Aunque, de ser así, esta vez lo prenderemos.

—¿Y si no es Khan, señor? —preguntó Pete—. Entonces ignoramos quién es, y puede ocultar el gato y esperar.

—No, Pete —el jefe sacudió la cabeza—. Esta feria no es tan grande. Encontraremos al ladrón y al gato. Más pronto o más tarde intentará escapar, y dudo que lo consiga. Júpiter, yo creo…

El Primer Investigador había desaparecido.

—¡Jupe! —llamó Pete.

—¡Júpiter! ¿Dónde estás? —gritó el jefe de policía. No hubo respuesta.

—No recuerdo haberlo visto con nosotros —dijo Bob.

—No desde que abandonamos el parque de atracciones —afirmó el señor Carson.

—De todos modos no puede andar lejos —supuso el señor Reynolds. Pete exclamó:

—¡A menos que descubriese al ladrón y corriese tras él!

—Tranquilízate, Pete —aconsejó el señor Carson. Buscaron entre las distintas clases de vehículos y barracones, y volvieron a reunirse en uno de los amplios paseos cerca del barracón de tiro de Andy. No habían encontrado a Júpiter.

—Han terminado las representaciones —anunció el señor Carson —. Preguntaré a los artistas si han visto a Júpiter.

—Las salidas están bloqueadas, y la valla vigilada —dijo el jefe —. ¡Es imposible que haya abandonado el recinto!

Los artistas se reunieron junto a la tienda del Gran Iván. Aparecían inquietos. Ninguno recordaba haber visto a Júpiter.

—No he visto nada —dijo el Gran Iván, nervioso. Los equilibristas y el comefuegos negaron con la cabeza. El payaso bajo y gordo danzaba ejecutando de rutina su número. El payaso alto y triste barría el suelo con la escoba y el cubo sin fondo.

—Puede ser que yo lo viera —dijo el payaso alto con su voz lenta y melancólica—, detrás de las tiendas, o en alguna otra parte.

—¿Sí? —saltó el policía—. ¿Con quién?

El payaso alto sacudió la cabeza.

—No lo sé.

El cómico bajo falló una pirueta y empezó a brincar junto al payaso alto. Bob gimió:

—El ladrón ha capturado a Jupe. ¡Lo sé!

—¡Utilizará a Jupe como rehén! —se lamentó Pete.

—Calma, muchachos —aconsejó el señor Reynolds—. Si tiene a Jupe, dejaremos que se vaya. Pero sabremos quién es, y luego podremos detenerlo.

Andy preguntó:

—Si tiene a Júpiter, ¿por qué no ha intentado usarlo como rehén?

—Lo ignoro, Andy —contestó el jefe. El payaso alto dijo repentinamente:

—¿Rehén, jefe? El muchacho y el hombre que lo acompañaba se fueron hacia el orificio de la valla que conduce al océano.

El señor Reynolds giró en redondo.

—¡Oh, el mar!

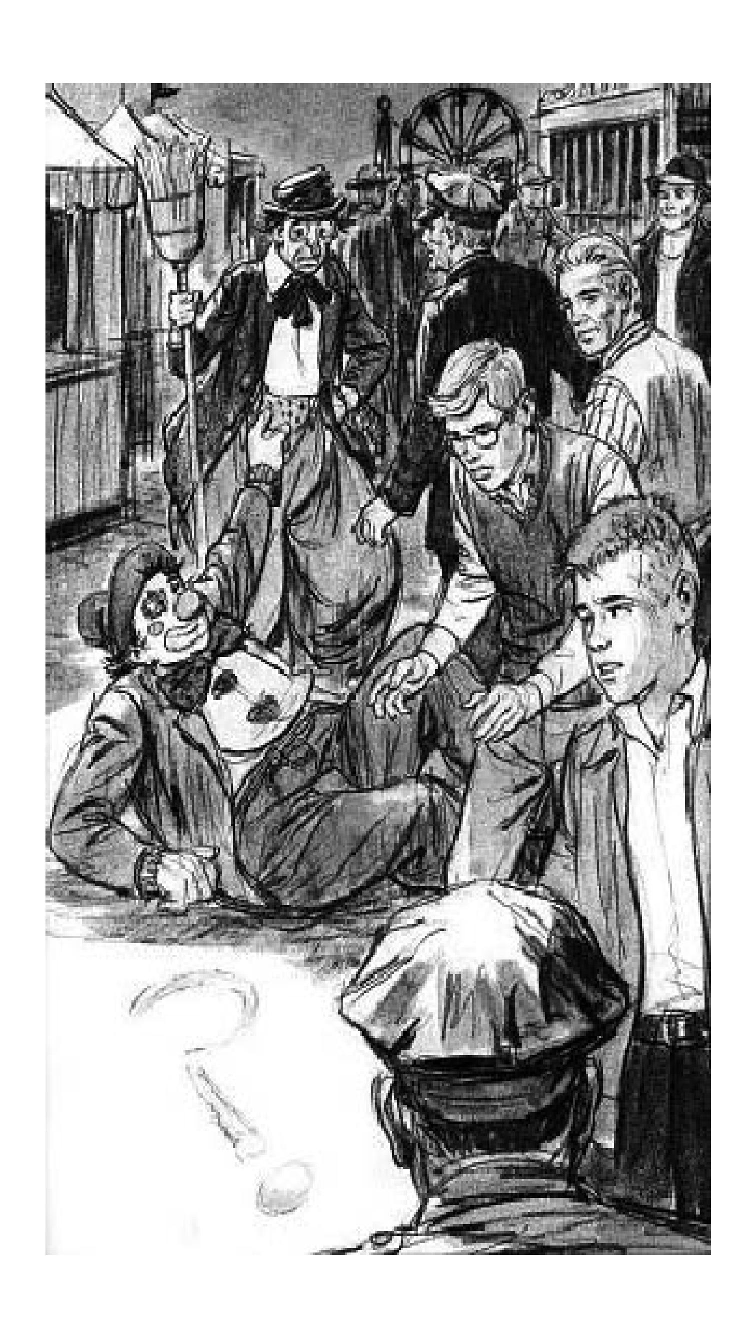
—¡Intenta huir por el único sitio donde no se ha montado guardia! —gritó el dueño de la feria.

Pete y Andy corrieron hacia la valla, seguidos por el jefe de policía y el señor Carson. Bob no se movió. Sus ojos miraban el polvo del suelo.

—¡Jefe! ¡Amigos! —gritó—. ¡Miren esto!

Todos se volvieron y miraron donde Bob señalaba. El payaso bajo aún rodaba por el suelo y señalaba al alto.

Cerca de él, dibujado en el polvo, había un gran interrogante.



Capítulo 21

¡El ladrón desenmascarado!

—¡Nuestra señal! —gritó Pete, y miró al pequeño payaso que aún saltaba alrededor de su compañero.

—¡Jupe! —exclamó Bob.

Antes de que nadie pudiese reaccionar, el payaso alto esgrimió una pistola y apuntó a todos. Sin pronunciar palabra empezó a retroceder hacia la entrada principal. Sus ojos oscuros y amenazadores saltaban en su cara pintada con yeso blanco.

—¡Que nadie se mueva! —advirtió Reynolds—. ¡Déjenle irse! Impotentes, los chicos contemplaron cómo el payaso retrocedía. Se hallaba casi en la salida principal de la feria cuando una figura atlética apareció por detrás de la noria y cayó sobre el cómico. Era Khan. El payaso intentó volver la pistola contra el forzudo… pero éste agarró su muñeca y la pistola cayó al suelo.

—¡Bien, ya he capturado al ladrón! —Exclamo triunfante Khan.

El señor Reynolds llamó a sus hombres, que se hicieron cargo del payaso y dispersaron al grupo de artistas y clientes rezagados. Khan se sonrió.

—Esperaba que el ladrón se delatara —explicó el forzudo—. Pero admito que nunca sospeché del payaso.

El cómico bajo y gordo se arrancó la máscara, la nariz de pelota, y apareció un sonriente Júpiter.

—Me gusta ser payaso.

El señor Reynolds dijo:

—Bien, explícanos todo eso, Jupe. ¿Cómo supiste que el payaso alto era el ladrón, y qué haces vestido de ese modo?

—Lo haré —contestó el chico—. Cuando empezamos a dar caza

al hombre invisible, comprendí que conseguiría el gato antes que nosotros. Así, en vez de ir con ustedes, me dirigí en línea recta a las tiendas de los artistas. Supuse que el ladrón, una vez dueño del gato, correría a ocultarse donde hubiera mucha gente. Acababa de llegar al área de espectáculos cuando vi al payaso alto que corría directamente hacia mí. Ocultaba algo debajo de sus abombados pantalones. Para evitar que me descubriera, me introduje en la primera caseta que hallé. Y entonces recibí la gran sorpresa. ¡Era la del payaso!

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. Fuiste a refugiarte donde él entraría con toda seguridad.

Júpiter asintió:

—Un error producto del pánico, lo admito. Tenía que actuar, y de prisa. La caseta está dividida en dos, como la mayoría de las destinadas a exhibición. La parte de atrás sirve para descansar y cambiarse, si el artista carece de su propio remolque o coche-vivienda. Yo me oculté allí, y pronto oí que llegaba al escenario. Ignoraba si penetraría donde yo estaba Él no se vestía en la caseta, pero podía entrar en cualquier momento.

—¡Cominos!, Jupe, estabas atrapado —exclamó Andy, admirado.

—Así es. Entonces descubrí la ropa del payaso bajo. Éste si se vestía en la caseta, pero, terminado su número de la noche, se había marchado. Decidí suplantarlo. Su equipo me sentaba bien. Acababa de colocarme la nariz cuando entró el cómico alto; supongo que me oiría. Me creyó su compañero e insistió en que saliéramos a ejecutar otro número.

Naturalmente, él buscaba una ocasión propicia para escapar de la feria con el gato, sin ser reconocido. Pero había cundido la alarma y ocultarse de nada le serviría. El jefe de policía asintió.

—Comprendo eso, Júpiter. Sin embargo, cuando estuvisteis al aire libre, ¿por qué no dijiste quién era?

—Estaba armado, señor, y temí que si era descubierto empezase a disparar a ciegas. Por eso me propuse llamar la atención de usted «antes» de que él descubriese que yo no era su compañero. Dibujé el interrogante en el suelo y Bob lo advirtió. Eso alertó a todos.

—Sólo en parte, pues casi se nos escabulle —dijo el jefe—. Bien, Júpiter, has hecho un buen trabajo. ¿Dónde esta el gato giboso?

—Atado a una de sus piernas en el interior de los bombachos.

Un policía registró al cómico y sacó el gato tuerto. Lo entregó a su jefe, que lo examinó rápidamente, y juego mostró un pequeño trozo de cartón.

—Un resguardo. El dinero del robo ha sido facturado. Esto resuelve una parte del caso. Ahora sepamos quién es el ladrón.

El señor Carson frunció el ceño.

—Jefe, él no puede ser…

Antes de que Carson terminase de hablar, el señor Reynolds arrancó la careta y peluca del payaso y limpió el maquillaje. Luego retrocedió, con expresión de incredulidad.

El cómico era un hombre delgado, de pelo cano y que tendría unos sesenta y cinco años.

—Pero… pero… —tartamudeó el jefe—. ¡Él no puede ser el ladrón!

—Intentaba decírselo —intervino el señor Carson—. Es demasiado viejo para robar en un banco. Le resultaría imposible ocultar su edad o escalar paredes.

—No, no podría —dijo Júpiter lentamente. El viejo miraba al suelo.

—Yo… yo… me contrataron. Admito que tomé el gato. Me ofreció diez mil dólares y me dio la pistola. Pero ignoro cómo funciona. Lamento haberles amenazado; sentí pánico.

—¿Quién lo contrató? —exigió el señor Reynolds. El viejo payaso miró a su alrededor.

—¡Khan! ¡El me contrató!

El forzudo enrojeció.

—¡Miente!

—Digo la verdad —insistió el viejo payaso—. No acepte mi palabra, jefe. Llévenos a la cárcel y luego investigue a Khan. Soy culpable, pero Khan me contrató.

Durante un rato todos miraron al viejo payaso y a Khan. El brazo del cómico señalaba al forzudo. Júpiter observaba detenidamente a los dos hombres. Luego, el Primer Investigador exclamó:

—Uno de los dos miente, jefe. Y no es otro que el viejo payaso.

El policía exigió:

—¿Cómo sabes eso, Jupe?

—El payaso no es viejo —aclaró el muchacho—. Se ha

disfrazado.

—¿Cómo? —exclamó Pete.

—Sí, amigo mío —insistió Júpiter—. Hasta ahora, hemos buscado a un hombre que se disfrazaba, de tez morena y tatuaje, y así consiguió hacernos creer que se había «puesto» un disfraz. Pero no hizo eso. Su auténtico disfraz fue el de payaso viejo. ¡Para robar el banco y comprar los gatos se «quitó» el disfraz! ¡Debajo de la cara de anciano, se halla nuestro verdadero ladrón!

El payaso empezó a luchar, pero los agentes lo sujetaron con firmeza. El jefe le palpó la cara y le tiró del pelo blanco.

—Júpiter, no saco nada de su cara.

—El disfraz moderno es muy eficiente —aclaró Júpiter—. Palpe alrededor del cuello.

El jefe desabrochó el traje del payaso. Todos pudieron apreciar una difuminada línea alrededor de su cuello. Entonces el señor Reynolds hundió sus uñas debajo de la línea y tiró fuerte hacia arriba. La cara de anciano, pelo y carne del cuello salieron en una pieza de sólido plástico.

Era un hombre moreno, de ojos oscuros, tal como lo había visto cuando adquirió los gatos.

—¡Es él! ¡El hombre tatuado! —gritó Pete. El señor Carson exclamó:

—¡Si es Gabbo el Sorprendente! Ha cambiado, pero es Gabbo. ¡Vaya, hombre! Así, ¿ahora te dedicas a ladrón de bancos, Gabbo?

Este se rió burlón.

—¡Vete al diablo, Carson! Me hubiera escapado a no ser por esos estúpidos chiquillos.

—Unos chiquillos, de acuerdo, Gabbo —concedió gravemente el señor Reynolds—, pero nada de estúpidos. —Se volvió a sus hombres—. ¡Llévenlo a la comisaría!

Mientras el encolerizado Gabbo se alejaba custodiado, el jefe de policía miró a Júpiter.

—Bien, muchacho, este individuo nos ha engañado hasta el final. Su disfraz era tan perfecto que hubiera conseguido huir. ¿Cómo supiste que se trataba de un doble disfraz?

—Señor, su rostro de plástico era perfecto —explicó satisfecho Júpiter—, pero se olvidó de sus manos.

—¡Diablos! —saltó el señor Reynolds—. ¡Tienes razón!

—¡Siempre la tiene, señor! —dijo Bob.

—Casi siempre —rectificó Pete. Júpiter sentíase como un pavo real.

Capítulo 22

Informe a Alfred Hitchcock

Al día siguiente, ultimado el informe del caso por Bob, los chicos fueron a visitar a su amigo y mentor Alfred Hitchcock. El famoso director prometió avalar el caso.

—«El misterio del gato de trapo» —susurró el gran director—. Un título intrigante para un entretenido ejercicio de inteligente observación y deducción. Habéis hecho muy bien en poder fin a la carrera de Gabbo el Sorprendente, antes de que pudiera ocasionar demasiados males.

—Estaba reclamado por otro robo en el Estado de Ohio, señor —dijo Bob.

—Ese fue el motivo que le indujo a enrolarse disfrazado en la feria del señor Carson —explicó Júpiter— cuando se enteró de que el espectáculo se trasladaba a California. Para soslayar posibles comprobaciones, adoptó su antiguo disfraz de payaso. Más tarde se le ocurrió la idea de robar el banco de San Mateo, con su auténtica personalidad, pero con el falso tatuaje, para desorientar a los testigos.

—Ingeniosísimo —comentó muy pensativo el señor Hitchcock—. Supongo que después depositaría en consigna un paquete con el botín, y regresaría a la feria pensando en abandonar la ciudad como payaso viejo, libre de sospecha como ladrón joven.

—Sí, señor —confirmó Júpiter—. Pero al ser descubierto accidentalmente en la feria, provocó el incendio para ocultar la contraseña y volver a vestirse de anciano. Sólo falló en contar los gatos gibosos. No comprendió que había seis, hasta que me oyó decir al señor Reynolds lo que yo había deducido. El señor

Hitchcock asintió.

—Primero se comportó con excesiva prudencia, y luego se desesperó demasiado. En realidad, no fue muy inteligente. Supongo que pagará sus errores en la prisión de California, ¿no?

—Y después, Ohio lo reclama —dijo Pete—. No podrá realizar su número de mosca humana durante bastante tiempo.

—No —musitó Alfred Hitchcock—, a menos que haya una feria en la prisión. Esa es una idea que posee gran mérito, muchachos. Podríais decirle a vuestro tonto Gabbo que use sus artes en algo más sabio.

—Quizá dé resultado si usted se lo sugiere a las autoridades de la cárcel, señor —invitó Júpiter, con una expresiva sonrisa.

—¿Yo? Bien, quizá lo haga, jovencito —dijo el señor Hitchcock —. Y, ¿qué se sabe de la abuela de Andy Carson? Supongo que habrá rectificado su opinión en cuanto a su yerno y las ferias.

—Por supuesto, señor —contestó Bob—. Khan, quiero decir, Paul Harney, le informó de que la feria es buena y segura para Andy.

—Por lo menos está resignada y acepta que el chico vive mejor con su padre —añadió Júpiter.

—Al señor Harney le gustó tanto volver a su papel de forzudo —aclaró Pete—, que se quedará en la feria.

—¿Ah, sí? —el señor Hitchcock se sonrió—. Me pregunto si su decisión no estará influida por la demostración de verdadera destreza detectivesca de unos muchachos.

Júpiter se sonrió.

—Bueno, señor, no sabría decirlo.

—Será el secreto de Khan, supongo —dijo el famoso director—. Bien, aclaradme un poco más, mis jóvenes amigos. ¿Dónde encaja la pérdida del número del pony en la feria?

—Ese fue un accidente verdadero, señor —explicó Bob.

—Entonces vuestra aventura en la feria ya ha concluido.

—Bueno, casi —respondió Júpiter. Pete saltó:

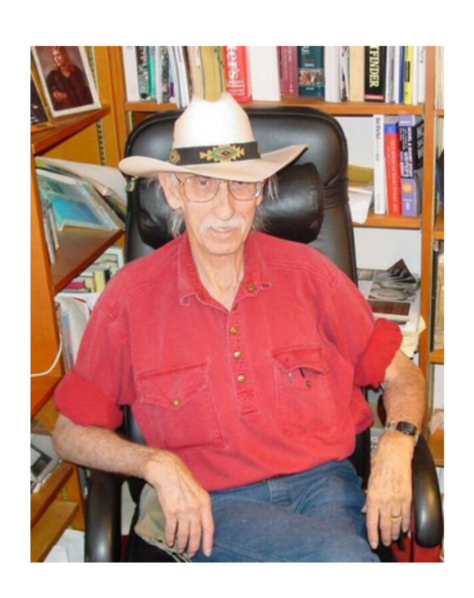
—Júpiter hará de payaso durante unos días. El señor Carson le ha ofrecido el puesto de Gabbo mientras estén en Rocky Beach.

—¡Bravo, Júpiter! —gritó el señor Hitchcock—. Quizá vaya a ver tu representación.

Los chicos se despidieron y, ya solo, el señor Hitchcock se sonrió

ante la idea de Júpiter payaso.

Fin



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de Los tres investigadores. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos **Nick Carter**, **Michael Collins**, **John Crowe**, **Carl Dekker**, **Maxwell Grant** y **Mark Sadler**.